

Un maestro del soborno

Jorge Juan Martínez

ÍNDICE

Música para solteras.....	Pg 3
Catequesis.....	Pg 12
La audición dañada.....	Pg 22
La dama del mastín.....	Pg 34
Un maestro del soborno.....	Pg 46

Música para solteras

Los errores laborales se producen en el mayor de los casos por simple holgazanería, por tomar la vereda más corta en apariencia, por buscar un atajo en el camino franco de la rutina, la prudencia y el método. Era en mi propio barrio, apenas a cuadra y media de mi casa y resultaba demasiado arriesgado. Iba a lamentarlo, lo previne y no me importó; por eso ahora lo cuento.

Sobre el mostrador de la ferretería, un libro de tapas rojas plastificadas. Le doy la vuelta y leo su título. “Todo lo que se puede (y se debe) hacer en el sexo a partir de los cuarenta y cinco”, por el doctor George W. Wolfh. Había entrado en el establecimiento con intenciones puramente instrumentales, pero pienso que no puedo dejar pasar de largo una ocasión semejante y, por otra parte, ya es hora de empezar de una buena vez el laburo. Atiendo con mayor interés a la figura de la dependienta de depurado acento catalán que duplica mis llaves al fondo del local. Amena de pecho y robusta de nalgas, melena espesa y lentes bifocales sobre la nariz. Observo sus manos pálidas, desgastadas, la derecha sin alianza visible en el anular, urdiendo precisas sobre el panel de duplicación. Fantaseo por un rato con las delicias que esas manos de hábiles dedos pueden estar procurando a algún férreo amante desconocido alentadas por los calenturientos consejos del doctor Wolfh. Pienso en presentarme al día siguiente allí con unas barbas postizas y declarar que soy el viejo George W. e instarla a una clase práctica. Pienso en otras opciones, pero me limito a sacar la tarjeta del bolsillo, exhibirla frente a sus estrechos ojos inquisitivos y afirmar muy serio que reúne las condiciones idóneas para sumarse a nuestras fiestas de todos los sábados. Ambiente informal, entrada gratuita, música para solteras. Me informa en tono altivo de que no es soltera, tan sólo separada y muy reciente. Le respondo que es lo mismo, acaso mejor; le dejo caer una ancha sonrisa sobre el regazo. Le pregunto su nombre, le miento respecto al mío. Sus cuarenta y cinco años flotan retadores en el aire. Recojo mis llaves duplicadas, le pago cuatro euros y salgo a la calle. A través del escaparate, compruebo que me sigue con la mirada. Si no viene, me comeré mi gorra de béisbol. Llúcia.

A la segunda candidata la encontré esa tarde en una reunión informativa en un club de viajes de corte pijoaventurero. Se plantó frente a mí y preguntó si la butaca de al lado se hallaba libre. Afirmé al pronto caballeroso. Tomó asiento y mientras un tipo con una mosca de pelos en la barbilla hablaba de *trekings*, buceos y no sé qué pavadas sobre el campamento base del Everest

me dediqué a inventariarla sin prisas. Tenía una melena corta, revuelta y mal cuidada. Ojos acuosos, nariz pequeña y una constelación de pecas en las mejillas gorduzuelas y flexibles. Boca sin labios, expresión herbívora y unas enormes botas de montaña rematando sus bombachos y su suéter azul de lana gruesa. Por demás, bajo aquellos atalajes se adivinaba sin dificultad un cuerpo sólido y bien armado, sinuoso de formas, ávido de lirismos. Conversamos por un rato tras la clausura de la reunión y no tardé en sacar a relucir una tarjeta del bar y hablarle sobre nuestras veladas semanales. Lo hice en clave desenfadada, abundando en la linda música retro, el buen rollito generalizado y lo fácil que resultaba crearse una barra de amigos. Se mostró encantada con la invitación, es más, me quiso invitar a tomar algo a su vez y hube de pretextar un compromiso previo para librarme de ella con suavidad. Herminia.

Con la tercera me tocó apostar fuerte por la baza del flechazo repentino. Fue en el metro, cuando volvía a casa por la noche. Estaba sentada frente a mí y leía una novela no sé si rosa o rusa sin ganas. Las caderas prietas y generosas, las piernas larguísimas forradas de tela vaquera y cruzadas una encima de la otra. Debía medir más del metro ochenta, llevaba el pelo tintado de rojo y los ojos verdes subrayados por el rímel. Le busqué aquellos ojos con insistencia hasta que los obtuve y el juego duró cosa de tres paradas. Bajé al trote en su pos y la abordé en las escaleras mecánicas. Debía disculparme, soy muy tímido y nunca hablo con mujeres desconocidas; pero no he podido apartar la mirada de su rostro desde que la he visto y eso forzosamente ha de significar algo. Igual significa que eres un pelmazo, me respondió sin querer eludir una sonrisa. Me disculpé de nuevo por mi atrevimiento, le ofrecí mi nombre de guerra y una edad en consonancia con la suya, advertí que nuestros caminos se separaban en una encrucijada pues ella salía a la calle y yo debía continuar hasta otra línea. Señalé que era demasiado tarde para inducirla a tomar una copa, pero no podía permitir que una mujer tan fascinante como ella se me extraviara en esta ciudad inmensa. Ocasiones como la de hoy suceden muy raramente, porfié foráneo e inexperto, y tal vez ella tuviese a bien aceptarme una invitación para el sábado entrante. Una fiesta de gente agradable donde beber algo juntos, quizá bailar y en definitiva conocernos un poco sin ninguna intención de molestarla por mi parte. Prendió la tarjeta con la punta de los dedos, la observó guasona del

anverso y reverso y la guardó en el bolsillo de sus tejanos. Me lo pienso, contestó divertida. Me guiñó un ojo, giró brusca y echó a caminar hacia la calle. Isabel.

Regresé hasta el andén haciendo sonar mis tacones por los desiertos pasillos, repartiendo alternativo el peso del cuerpo a ambos flancos, hinchando el pecho con cada nueva inspiración. Satisfecho por mi linda jornada de trabajo. Tres mujeres captadas, ya casi había cumplido con la mitad de mi cupo semanal. Mientras aguardaba la llegada del siguiente tren, me pregunté cuántas habría laceado Julito por su cuenta. Y es que no resultaba fácil renovar el cupo cuatro veces por mes sin saltarse las reglas. Al principio del asunto, ambos nos mostrábamos tan efectivos como escrupulosos. Pasamos por una corta etapa donde predominó el escrúpulo. Ahora sólo somos efectivos. Cada vez hacíamos más excepciones, como hoy en el caso de la ferretera Llúcia. Pero por lo general respetábamos las normas en un ochenta por ciento y éramos exitosos en nuestros reclamos. Las seleccionábamos de un perfil muy determinado, entre los veintiocho y los cuarenta años, aún jóvenes, aún frescas, aún no maculadas por el desánimo ni embrutecidas por la soledad o instaladas en el perpetuo escepticismo; tampoco feas de dolor, inexpertas o simples entusiastas sentimentales. Con excesiva frecuencia íbamos a dar con locas de atar o adolescentes tardías; pero ése no era nuestro problema. A Albert no le importaba la manera en que lo hiciésemos. Tampoco era demasiado exigente con el nivel ni tacaño a la hora de retribuirnos. A él le bastaba con que cada noche de sábado diez de aquellas mujeres como mínimo estuvieran en el bar para beneficio del personal de pago. Expectantes, amigables, accesibles. Dispuestas a cruzar una conversación con cualquier caballero que se lo propusiese de un modo educado. Bailonas, alegres, convencidas de lo casual de aquella situación y lo oportuno de la convocatoria. Resueltas, tras la estimulación conveniente, a irse al catre con aquél que supiera ganárselas con sus buenas o malas artes. Nosotros nos limitábamos a captarlas por toda la ciudad, comparecer el sábado a primera hora para introducirlas en el ambiente y realizar las presentaciones. El resto era cuestión de Albert, de sus cócteles gratuitos, su música melosa y caduca, su sonrisa de barman encantador siempre al acecho. Y, claro está, el resultado responsabilidad única de los miembros del club. Pagaban una cuota trimestral considerable por disfrutar de aquellas veladas semanales y procuraban extraer rentabilidad a su desembolso. Eran tipos con larga experiencia y entraña

escasa, descuideros sentimentales, canallas de toda una vida, chantas curtidos, convincentes a la hora de empuñar el estoque; frisando los cuarenta y muchos de Albert, infelices, inadaptados amorosos, divorciados en su inmensa mayoría. Tal vez por ello su empeño. Vestían sus mejores galas, moderaban el trago, sabían bailar algunos pasos, contar historias y hacer feliz a una mujer por unas horas; tenían claro el propósito de su inversión. Les divertía el juego y a él se atenían. Lidar con los problemas subsiguientes era cuestión de cada uno. Julito y yo nos ganábamos un buen jornal como captadores. O como señuelos, que así era como le gustaba a Albert llamarnos; sus señuelos. A Julito de fijo que le llamaba también otras cosas, pero eso era asunto del culo de Julito y no del mío.

Al día siguiente tuve una sesión de publicidad, la primera en tres meses, y ningunas ganas de poner el lazo. Al otro capté a una chica demasiado joven en una bocatería y a una divorciada muy bella camino de la cincuentena a la salida de una clínica dental; Elsa y María Elena. Estaba bajando el listón y lo sabía. El miércoles lo pasé cargando naranja en el puerto y el jueves con Marcia y las gemelas. Me recuperé el viernes con Ástrid —dominicana simpaticona de fieras ancas—, Nieves —sombra de ojos azul, medias de rejilla bajo la falda tubo— y Antonia —se le cayó el bolso, no sabía rellenar su instancia—, las tres captadas en una céntrica oficina del INEM y una cafetería adyacente, las tres en la edad y disposición pactadas. Juzgué como número tranquilizador ocho candidatas —nunca en los meses anteriores había bajado de las cinco asistentes por fiesta— y acudí por la noche al bar para la reunión con Julito y Albert.

Morfamos de lo lindo y bebimos un vino de crianza durante la cena, luego sacamos las cuentas. El atorrante de Julito sólo había mordido a cuatro mujeres en toda la semana y Albert se puso bravo con él a santo de eso y de no sé qué más. El caso es que me tocó ayudarle esa noche a completar el cupo. Me pagas a mí las que pille por mi lado, le advertí a Albert. El putito asintió y me llevó a parte. Quiero que me vigiles al moreno, anda con la tocha en llamas otra vez ese capullo. No quiero entrar en vuestros líos, a mí me pagas por mi laburo y ya. Te pago más que bien y a tu amigo mejor incluso, me vaciló muy serio Albert, podrías echarle un ojo por aquello del agradecimiento. Os quiero como hijos y lo sabes, gracias a quién si no sobrevives tú mismo. Soy un buen señuelo y Julito también, los mejores. A ver qué hacés vos para sustituirnos si

pasamos del punto. No te tires el rollo celoso con él y a mí no me cargues sin motivo, me despedí de Albert. Mañana a la hora de siempre, respondió sin mirarme.

Con Julito nos tocó ir primero a por la merca y luego hacer el recorrido de discobares para desesperados de todo género y condición. El negro anda pasado de vueltas y ya no elige sus presas. O no hace nada en absoluto o se manda lances con cualquiera y caza a río revuelto, con el consiguiente descenso en la calidad de su rendimiento. Me dice que está harto de Albert y de la madre patria. Se larga a Miami y que nos den pinga a todos. No le doy pelota, me fatigan sus neuras, y me dedico a lo mío. Entrego dos tarjetas en el margen de apenas hora y media — Carme, una informática medio guapa y peleona con la que me dejo perder una partida de dardos, y Encarnación, una pelirroja monitora de aeróbic completamente tarada con la que disiento sobre el fenómeno ovni y cuyo escote proceloso me va a valer las felicitaciones del personal—, le doy el parte a Julito y me voy temprano a casa.

La noche siguiente soy puntual como la desgracia. El bar de Albert es un bar con mirilla. Telescópica. Sin joda, la mirilla evita una pila de disturbios y eleva la emisión de feromonas; clandestinidad, secreto, asechanza se evocan frente a la ranura, me instruyó un día Albert. Las chicas deben mostrar su tarjeta para entrar y no se admite a las reincidentes problemáticas. Alguna hay que intenta colarse y monta la bronca, pero apenas sucede y de suceder el Sordo las pone en su sitio. Albert recibe zalamero a las nuevas, habla de la tradición romántica del local, reparte besos, las convida al primer cóctel. Julito y yo las aguardamos sonrientes, les hacemos un rato la corte, les presentamos al personal que ya lleva un rato calibrándolas desde sus respectivos puestos de vigía y en plena faena los más lanzados. Uno a una, de un modo encomiástico. Se inician los bailes, se ríen chistes, se sirven nuevos cócteles. Es siempre así, una rutina de mierda. Julito y yo nos vamos a la trastienda y nos metemos la coca que sobró de ayer. Hago recuento de la taquilla mientras él corta el material, de mis diez candidatas, ocho han aparecido esta noche. Tres de entre las siete tuyas. Somos los mejores y se lo digo cuando se queda silencioso tras la aspiración, la mirada fija en la telaraña del techo, los brazos caídos a lo largo del cuerpo. Estoy que como tierra, chico, no puedo más con toda esta vaina, se queja con voz ronca. Es sólo una mala racha, minimizo el asunto, me sueno las narices. De las tres que han venido, dos lo han

hecho porque me las templé y la otra espera que me la temple esta noche. ¿A eso le llamas tú una mala racha? Julito tiene ojeras y no se ha duchado, se sienta en el suelo contra un barril de cerveza. Tú si que tienes un don con esto, mi hermano, las tuyas acuden como moscas sólo con la charlita y tu sonrisa de jinetero camaleón. Antes era así también para él, antes de Albert y de los siete gramos semanales y de esas argollas oxidadas que se atornilla por pura plata. Se lo pienso en la cara al negro y le palpo un hombro, sé que lo está pasándolo mal. Yo tengo mis razones para seguir con esto, le digo. Julito sonríe, sacude la cabeza, me amaga un puño. Qué hijo de la gran puta, mi hermano. Rajate esta misma noche y al porongo, reflexiono en voz alta, pego mi espalda a la pared, puedes permitirte, si quieres hablo yo con Albert. Que se vaya a tomar por culo ese mariconazo, escupe mientras vuelca los restos de la papela sobre el espejo. Le rechazo la raya al negro y le pido que salga pronto, el mariconazo ya debe estar buscándonos y aún queda laburo. Si quieres dejártelo, yo te lo arreglo; pero acaba tu jornada como un señor. Julito me enseña un colmillo, se jala la raya sin prisas. Aún es joven, carece de familia, no es esa mi situación. Sí, dile que me busque sustituto. Y no sólo para señuelo. Díselo tú o se lo digo yo. Platicadlo los dos como personas mejor, le corto. Salimos de la trastienda, reímos con fuerza, evolucionamos detrás de la barra, nos servimos dos copas; examinamos el mapa de la contienda.

Llúcia aguarda frente a mí, instalada en la esquina de la barra, amistosa y atenta. A su lado está Cardós contándole algo sobre un viaje a Birmania. Al otro lado, junto a la cabina del *disjockey*, Herminia y Ástrid han hecho migas con Bernat y Palito. A Encarnación la tienen asediada el Sordo, Lloréns y Frutos en la guardarropía. En la pista bailan un tema de amor podrido, juntitos, tomados de la cintura, baboseándose los cuellos y los lóbulos de las orejas, Isabel y Ridruejo, Elsa y Joan Baptiste, Antonia y Canalejas. María Elena me sonríe en divorciada encantadora y alza una copa desde el diván donde el mismísimo Albert y Juansito la tienen contenta con sus historias sucias y su champán. Pero son los ojos de Llúcia los que no se separan ni un instante de mi rostro y los que sé que debo a toda costa sortear. En diez minutos la llamada, le digo a Julito y salgo de detrás de la barra. Voy a brindar con María Elena y Albert, al poco Elsa, niña insolente, se me encima y me obliga a bailar rock con ella. Isabel y Ástrid mueven sus caderas insignes haciendo círculos a mi alrededor. Antonia me derrama una copa sobre el saco. Encarnación se ofrece a

limpiarla. Digo que voy por un trapo húmedo a la barra. Me escabullo hacia allí, pero Cardós me sale al paso y me lleva hasta una esquina, sólo tiene ojos para ti esa potranca. Elige a otra, Cardós, o insiste con ella, sabes que yo no juego. Lo que sé es lo que cobras por los tríos, propónselo tú y yo lo pago. Esta noche no, Cardós, ando ya con bastante apuro. Acudo a la barra, me limpio, charlo con Herminia, siento los ojos de Llúcia fijos en mi nuca. Suena mi celular, es Julito desde el baño, esta noche me toca a mi librar primero: atiendo, hago aspavientos, monto quilombo, y pinto cara de inmensa contrariedad. Es mi madre, la han ingresado en el hospital de urgencias, le explico compungido a Elsa. Antonia y Herminia se ofrecen para acompañarme. No, no os voy a amargar la fiesta, quedaos y disfrutad de la buena compañía. Albert pasa a mi lado y le tomo del codo. Bancate la extra de ayer noche. El puto me lleva hasta la cabina y me liquida lo mío. Julito se queda hoy a hacer el cierre, me ha dicho que vayas buscándole un sustituto. Albert me mira y no me ve, cambia el compacto y elige un tema de modo maquinal, que me lo diga cara a cara, es lo mínimo. Ahí lo tienes, le señaló al negro que camina sabroso hacia la cabina, en lo que a mí respecta, la semana que viene los precios suben un cuarenta por ciento. Si te interesa, me llamas al celular y lo hablamos. Serás hijo de perra, susurra Albert. Bueno, palmeo su espalda, lo dicho, salgo de la cabina y le doy un beso en la mejilla a Julito. Que le vaya lindo, acere. Ya nos veremos por ahí. Reparto unos pocos besos más, me compadezco de la mala suerte de mi pobre viejita, cuando estoy ya con el Sordo en la puerta, Cardós vuelve al ataque. Se lo he propuesto yo y dice que sí, a ésa le hace palmas la chirimoya. Te pago el doble y no se hable más, vamos a mi casa. Os espero en la calle, salid rapidito y sin llamar la atención, le respondo a Cardós. El tipo desaparece en el interior del bar y le pido al Sordo que me abra la puerta. La calle está llena de gente, apenas la una y media de la mañana. Me subo el cuello de la campera y dejo que el aire fresco me despeje el rostro abotargado, me recuesto contra la pared, las manos en los bolsillos, silbo algo mientras les aguardo.

Albert me llamó el martes, de acuerdo con la nueva tarifa. Nos vemos el viernes, no hay sustituto para Julito por el momento. A Llúcia me la encontré en el barrio mes y medio más tarde. Iba de la mano con las gemelas camino del hipermercado. Cabrón de mierda, él me dijo que te pagó por hacerlo. Voy acompañado, señalé a las chiquilinas. Hijo de puta, escupió de

nuevo. Esto no va a quedar así. Voy a ir a ese bar y les voy a contar a todas lo que tú eres. Esta tarde paso a verte y hablamos, le dije yo para espantarla. En el híper me esperaba mi mujer, hicimos la compra de todo el mes. Con las gemelas nos reímos mucho con el cuento de la loca que se nos había acercado en la calle para asustarnos. Después de almorzar, dejamos a las niñas viendo la tele y nos metimos en el dormitorio; echamos el cerrojo y lo hicimos despacio para que no nos oyesen. Luego me bañé y le dije a Marcia que me iba a tomar el aire. Bajé a la calle y anduve la cuadra y media hasta la ferretería. Llúcia se hallaba solitaria y aburrida detrás del mostrador leyendo un libro. No quise mirar el título esta vez. Puse mi peor cara de inmigrante y le expliqué muy claro: Si te vuelves a acercar a mí o a mi familia o se te ocurre ir por el bar con cuentos, vengo aquí cualquier tarde con un fierro y te rompo el alma. Llúcia se asustó e hizo bien en asustarse. Ha traspasado la tienda y en el barrio no han vuelto a saber de ella. Jamás maté a nadie, pero con el pan de mis hijas no admito juegos.

Catequesis

Bigotes tenía un ojo azul y el otro marrón y daba primero escalofrío y luego un poco de pena cuando el chucho te miraba con los dos a la vez antes de saludar con un ladrido asmático. Igual que Donato, otro niño del colegio al que prefiero no mirar nunca, dicen que sus padres hicieron cosas malas y que por eso él salió medio medio, Donato ni siquiera ladra y mira todo el tiempo como desafiando a los otros niños que no queremos jugar con él porque nos da miedo y un poco de vergüenza al imaginar las cosas feas que hicieron sus padres. Aunque a Bigotes apenas podía verle los ojos porque casi siempre estaba durmiendo a los pies de Braulio. Era ya muy viejo y se movía lo justo, como Braulio con su bastón y su caliqueño retorcido en la boca. Ahí estaban los dos, Braulio sentado en una silla metálica en el marco del portal verde y Bigotes hecho un ovillo junto a sus zapatillas de fieltro cuando yo llegaba del cole. Y hola, Colín, cómo te fue hoy en la escuela echando humo entre los labios resecos y bien, mientras le pasaba la mano a Bigotes por la cabeza, un peluche desflecado del color de la arena, y a veces gruñía en sueños como de gusto y otras ni se enteraba. Eran las cinco y media y no había nadie en casa, papá y mamá no llegaban hasta las siete y mi hermano hasta las ocho porque iba al conservatorio. Así que yo me sentaba junto a ellos en un taburete y escuchaba las historias de Braulio sobre la legión y las palabras moras que había aprendido en el Sidi Ifni y que me hacía repetir con él y Bigotes gemía y lloraba en sueños. Rosario me saludaba luego desde el interior de la portería, calentaba la leche con el colacao y sacaba la caja de las galletas que no se acababan nunca. Hacía a un lado la cortinilla de cuentas de vidrio con una de sus manos y pasa, no te quedes ahí al relente con esos dos viejos, Colín, siéntate en la mecedora y hazme un rato compañía. Y Rosario me daba besos, era morena y gorda y hacía mucho ruido al besar, me hablaba del pueblo entre los olivos y del hambre, y de cuando ella y Braulio eran jóvenes, ella mucho más joven claro, y no habían venido todavía a la ciudad. Luego me contaba las cosas de la finca, que si la del quinto había arrugado la nariz al pasar junto a ella hace un rato, la tía estirada, como si ella oliese mal, como si ella no se lavase todas las mañanas por partes que iba siempre como los chorros del oro, y se levantaba las faldas y se abría el vestido y se inclinaba sobre la mecedora para que yo la oliese de arriba abajo; yo veía su refajo blanco, la carne rosada y fofa y las narices se me llenaban de aroma a talco hasta casi ahogarme. Di tú la verdad, Colín, que los niños no mienten, a que huelo de maravilla. Sí señora

Rosario, huele usted muy bien, pues lo que yo digo, que ésa es una lagarta que no sé lo que se ha creído y que ojalá todas fueran como tu madre y tómate ya la leche que se te va a enfriar y come las galletas que tendrás gazuza. Y Braulio entraba al poco con Bigotes arrastrándose tras la estela de la pierna rígida, con su rabo largo y deshilachado, las orejas gachas y esos ojos que por fin me miraban un momento antes de volver a cerrarse y yo sentía el escalofrío y luego la pena, tan rara. Braulio apagaba el caliqueño, se sentaba en el sofá de escai con el chucho otra vez dormido a sus pies y pon eso, mujer, que ya es la hora. Y Rosario anda pues es verdad, las seis en punto, correteaba hasta la radio, un armatoste rectangular de color negro con una parrilla caqui y el nombre allí estampado en letras de plata: telefunken. La enchufaba y giraba el botón del dial hasta que los negritos del África tropical cantaban la canción del colacao que yo acababa de terminarme. Luego subía el volumen y una voz profunda anunciaba: Lucecita, capítulo doscientos sesenta y cuatro, un serial radiofónico escrito por Delia Fiallo y dirigido por Guillermo Sautier Casaseca; y los tres muy callados y atentos a las mil voces del aparato durante el recordatorio del capítulo anterior y la introducción de la primera escena. Luego media hora exacta, emocionante y jalonada por los suspiros regulares de Rosario, los que te dije yo de Braulio, y mi mudo asombro ante la variedad de sonidos de acompañamiento que brotaban insólitos de aquella otra caja: ruidos de lluvia y de batir de cascos sobre el empedrado, alboroto de bocinas y toses secas, la rasgadura súbita de un trueno o un estornudo bajo el ñicñac perpetuo de la mecedora. Y yo zampaba galletas mientras Rosario se sorbía las lágrimas y Braulio rezongaba mira que es tonta, la jodía y Lucecita lloraba de amor ante un canalla de ínfula grave y Bigotes en el suelo se rascaba a conciencia las cazcarrias de su edad avanzada. Mamá aparecía a veces antes de las siete, a mitad del consultorio sentimental, cuando ya Braulio se había ido a pegar la hebra con el bodeguero y Bigotes a su paseo vespertino y había llegado la nieta de Rosario que se llamaba Maribel y su abuela seguía sacando galletas de la caja como palomas de un sombrero de copa un mago que vino al colegio la semana pasada. Ya está tu mamá ahí Colín, pero que reguapo es mi Colín, adiós mi bollo, di adiós Maribel, hasta mañana.

Pese a su edad venerable, Bigotes aún paseaba la Gran Vía como si fuera suya, yo lo veía antes cuando regresaba del colegio hacia la una de la mano de mi hermano. Andaba el chucho

parsimonioso o mantenía un trote fatigado pero alerta, y siempre se detenía ante los semáforos en rojo, atento al cambio de luces, los cuartos traseros sobre la acera, con cierto aire de fastidio urbano, un anciano caballero prudente y asendereado. Braulio me contó que esa habilidad el Bigotes ya la tenía cuando lo encontró molido a palos y muerto de hambre en un rincón de la obra de lo que luego sería nuestra finca doce años atrás, al poco de que Don Ginés les trajera a Rosario y a él de Écija. El bicho vivió con ellos desde entonces y se pegó a la pierna coja de Braulio como un sobre a la carta, que lo que el Bigotes tiene además de agradecimiento es lealtad y eso que debió correr lo suyo porque sabe más que un ratón colorao y ha preñado más de seis rabonas desde que lleva en el barrio. Y no le digas eso al niño, pedazo de animal, qué tiene que saber el pobre de esas cosas con ocho añicos. Algo le habrán dicho los curas, verdad Colín, que esos pájaros saben cosa fina del tema. Mi hermano me explicó al día siguiente que Braulio quería decir que el perro se había follado a un montón de perras y había esparcido su semilla por el barrio y la mitad de los chuchos que ves por la Gran Vía son hijos de Bigotes, qué extraño que ninguno le haya heredado los ojos, eso decía mi hermano.

Aún era el invierno y en el cole pasaban cosas feas por entonces, los niños desaparecían víctimas de extrañas enfermedades contagiosas, la rubeola, la varicela, el sarampión, las paperas y la escarlatina. Yo iba siempre bien abrigado y no estaba enfermo, pero mis amigos caían en cama durante semanas y éramos menos en clase. El profesor nos hizo cambiar de pupitres a todos esa misma mañana y de repente mi nuevo compañero era Donato. Ahora tenía que mirarle a los ojos cuando me giraba hacia la tarima, su ojo marrón de demonio y su ojo azul velado por una capa de niebla: ¿qué pasa, cagao?, ¿es que te gusto? Pues mírame bien los ojos porque tengo poderes, soy un mago como el que vino el otro día, él me daba golpes con una regla de madera en las orejas y yo le decía igual que los demás: hijo de puta, tus padres lo hicieron como perros y por eso Dios les castigó contigo. Y Donato se reía sin mover los labios y yo soy un repe, chaval, sé mas que tú, te voy a inflar las orejas a hostias hasta qué me digas de qué color tiene tu madre el ojo del culo. Y después de la clase con la señorita Helen nos zumbamos en el recreo y yo le hice la zancadilla y en el suelo Donato me arañó la cara como si fuera una niña, a mí me salió sangre y él se puso en pie de un salto. Los demás le dijeron cobarde, maricón y le zarandearon entre todos hasta caer

otra vez al patio y yo le pegué unas cuantas patadas en la cabeza pero apareció un profe por la esquina y echamos todos a correr. A la salida vi que a Donato lo recogía su madre, una señora bien rubia con los ojos azules, su padre los debía de tener marrones y luego vinieron las cosas malas. Yo tenía miedo que Donato le contara a su madre lo de las patadas y hablaran con el profesor. Pero no, montaron en un coche negro muy grande y se largaron. Donato se asomó a la ventanilla trasera y me enseñó el puño con su ojo marrón de demonio y con el azul lleno de escarcha. Y yo volví a sentir el escalofrío y luego la pena y un poco de miedo y también de rabia.

Bigotes no estaba para muchas aventuras y aunque conocía el barrio igual que si tuviera un radar entre las orejas, los ojos ya no le apañaban para andar suelto y este animal no sale más solo, me oyes Braulio, el otro día el mismo Don Ginés me lo dijo. Y está conmigo ahí fuera, mujer, por la plaza sí puede moverse que no hay coches y ya ves Colín, a todos nos toca la china, a mí me llegó una granada volando por los aires y me dejó esta pierna tonta y al Bigotes le ha llegado la vejez y se le ha comido los ojos, aunque yo creo que por el marrón aún ve todavía. Ve menos que un topo y se va de paseo cuando le sale del hocico, si tú no lo vigilas bien lo encierro, que cualquier día nos lo plancha un autobús de línea y tenemos un disgusto. Y yo le sujetaba la cabeza al Bigotes, y le acariciaba suave con la punta de los dedos y cuando despegaba los ojos legañosos, le hacía pases de magia con las manos. El chucho movía el rabo como por inercia, gruñía bajito y me respondía con un ladrido alicorto. Pasa y tómate la merienda y hay que ver cómo te han puesto la cara, Colín, quién te ha hecho ese zipizape. Uno del cole que tiene los mismos ojos que el Bigotes, me pega con la regla de madera en las orejas y me hace daño y tú no le pegas a él, yo cuando salimos al recreo le hice la zancadilla pero me arañó como una niña. Pues dile a ése que si te vuelve a tocar un pelo va a ir a verlo tu amigo Braulio y le va a sacar el mondongo como hacíamos con los moros. Y no le digas esas cosas, animal, no hagas caso de él, Colín, que es un viejo loco y toma las galletas que va a empezar ya la novela. Y salía ruido de mar como si la caja fuera una caracola y Lucecita no encontraba en casa al hombre que la maltrataba y se iba a ver a un cura en una iglesia y de la caja brotaba el cataclán de las campanas y de los rezos como en mayo en el cole por la Patrona cuando Maribel llegaba a la portería y se sentaba a mi lado y yo le tiraba las trenzas y oye Colín, trátala bien que la Mari dice que eres su novio y calla no

digas eso abuela, dale un beso en la mejilla que los besos de las niñas curan todas las heridas y Maribel roja como un pimiento me daba un beso suave, muy suave en la cara y Braulio tosía y removía el culo en el asiento, ya estás mayor para hacer de alcahueta, Rosario, yo te diré a ti quién está mayor para según qué cosas y los dos se reían y Maribel escondía la cara roja detrás de un almohadón y yo contaba mi fajo de cromos para darle envidia. Mamá se enfadó mucho esa tarde en casa y lloré cuando me puso el agua oxigenada y la mercromina y qué era eso de llevar la cara como un mapa, iban a tener que hablar con el director, pues faltaría más, mañana mismo me van a oír y tú, pánfilo, ya podías cuidar mejor a tu hermano que has cumplido los catorce años y mi hermano levantaba la vista del tebeo de Flash Gordon y mañana mismo lo busco al gato ese que araña y nos lo llevamos al agua, eso dijo mi hermano y me guiñó un ojo.

Donato se me acercó en el patio mientras formábamos la fila para entrar en clase, se puso detrás de mí y al cubrirnos me tiró un gapo en el cuello del babero, te vas a enterar de lo que vale un peine, cagao, yo soy mago y tengo poderes en los ojos. Tú en los ojos tienes al demonio y te van a sacar el mondongo y te van a poner en remojo, como un gato, maricón de Donato. Pero él no hacía caso y me seguía dando reglazos en las orejas siempre que el profe escribía en la pizarra y en el recreo vino mi hermano desde el patio de los mayores y me preguntó quién es el gato, yo le señalé al maricón y mi hermano le retorció las dos orejas y lo alzó en el aire y se le pusieron rojas como la cara de Maribel cuando me dio el beso ayer y le dijo si vuelves a tocar a éste, te la corto, chaval, y me revolvió el pelo con la mano y se fue hacia el patio de los mayores silbando. Y Donato lloraba de rabia pero las lágrimas no le caían igual de los dos ojos, sólo el azul soltaba un hilo de agua y me cago en la leche, tengo poderes y la venganza será terrible, ya puedes irte preparando. Luego en clase se apareció el Padre Gaztelu y nos dio la catequesis como siempre. Todos nos poníamos de pie en círculo alrededor del aula y el Padre Gaztelu nos iba señalando uno a uno con su puntero al hacer las preguntas, y el que no supiera la respuesta perdía su puesto en beneficio del acertante. ¿Quién es Dios? Dios es nuestro padre, creador del cielo y de la tierra. ¿Qué es el cielo, hijo mío? Todo bien, nada mal y para siempre. ¿Y el mandamiento del amor? Amarás a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo. Esas eran fáciles pero luego vino una que nadie supo: ¿Cuál era el saludo de los judíos en su lengua original, hijo mío? Y el

Padre Gaztelu señalaba con su puntero a los niños que nos mirábamos perplejos, uno a uno hasta llegar a Donato, que dijo dos palabras raras como una fórmula de magia y añadió, eso significa la paz sea contigo, y el Padre Gaztelu muy bien, pasa adelante hijo mío y Donato adelantó veinte puestos y todos le miramos con rabia porque era repe y lo sabía del año pasado. Al acabar la hora, el Padre dijo niños estamos a finales de febrero y en abril hacéis vuestra primera comunión, así que tendréis que confesaros conmigo por turno. Ya hemos hablado aquí de lo que significa el sacramento de la confesión. Es preciso hacer examen de conciencia y recordar las malas acciones, explicarle a un sacerdote, que soy yo, vuestros pecados para purificar el alma. Vuestros pecados aún son pequeños como vosotros, pero debéis confesaros y llegar limpios al día más importante. Cuando acabó la catequesis, el profesor vio que habían vuelto muchos niños enfermos y nos volvió a cambiar de pupitres y Donato me enseñaba el puño desde su nueva esquina hasta que se cansó y empezó a fastidiar al que tenía al lado. A la salida busqué a mi hermano y le pregunté qué era todo eso de la confesión y él dijo no te preocupes, enano, tú le largas al cura cualquier cosa, que no haces los deberes o que te tocas el pito y el te da la absolución y santas pascuas, eso dijo mi hermano mientras volvíamos a casa juntos al mediodía.

Braulio pinta esa tarde más contento que otras veces, tiene una copa con un líquido blanco en la mano además del caliqueño y hoy la clase de moro dura más que el resto de días y el tabaco se dice duxáan y la gasolina mazúut y la tierra baar y el cielo sama y la lluvia mútar y el aceite zeet y el vino xamr y el arroz ruzz y el pescado sámak y el queso gibna y el dolor wágaz y la sangre damm; y yo repito con él mientras le acaricio las orejas al Bigotes que se deja hacer sin abrir los ojos ni gruñir hasta que Rosario nos urge desde la portería, pero qué pasa con vosotros que la leche se enfría y la novela está a punto de empezar y deja de decirle morerías al Colín que luego sueña por las noches y habla solo en moro que me lo ha contado su madre. Entramos en la portería y la radio telefunken ya ha dicho el resumen de lo de ayer, pero no nos importa porque Rosario nos ha adelantado que hoy Lucecita y Gustavo se besan por primera vez y es que ella lo sabía por la fotonovela. Y en efecto los dos se encuentran a escondidas en un parque y hablan de amor y se toman de la mano y se besan y el beso suyo no suena como los besos tan ruidosos de Rosario ni como los suaves de Maribel, no suena más que una música de fondo y un rumor como

de viento entre los árboles y los ay hija la que te va a caer porque lo malo es que Don Miguel y la víbora de Angelina andan en tratos por su cuenta para mandar a Lucecita bien lejos así que la criada y Gustavo no anden por los parques de la mano ni se den esos besos que no suenan a nada y Don Miguel, ese desgraciado ricachón, llama a Lucecita al salón cuando ella vuelve a casa y le dice que hay algo importante que le debe anunciar y suena la sintonía del fin del capítulo y Rosario se sorbe las lágrimas y Braulio anuncia que esto hay que celebrarlo y que él se va un rato donde el bodeguero y Rosario le pone una mala cara y le va a decir algo pero entonces asoma mi padre por el hueco de la portería y mira quién está hoy tan pronto aquí, Colín, y yo corro y me abrazo a mi padre que se ríe con fuerza y me sube a caballito y da las gracias a Rosario por la merienda, chaval.

Al día siguiente empezaron las confesiones. El Padre Gaztelu se instaló en una sala con un cuadro de la Patrona y el profe nos iba llevando de cinco en cinco niños. A mí me tocó ser el cuarto de mi grupo y conté mi fajo de cromos mientras pensaba lo que iba a decirle. El Padre Gaztelu era viejo, tenía las manos de mono llenas de pelo, la voz de flauta y el aliento le olía a almendras. Ave María Purísima, y yo no quería verle esas manos ni su cara amarilla de viejo tan cerca así que miraba la bufanda de color púrpura y he pegado a otro niño, mi hermano también le ha pegado, es un demonio porque sus padres hicieron cosas malas y él me atiza en las orejas con su regla de madera y yo quiero sacarle el mondongo. El Padre Gaztelu me contempla con ojos desorbitados, me hace repetirle la confesión y la ira es un pecado muy grave, y no digamos el falso testimonio, tú aún no entiendes nada, hijo mío, pero estás en pecado, estás sucio y debes hacer penitencia antes de tu primera comunión. Reza doce padrenuestros y tres salves y no vuelvas a pegar a nadie. Tu compañero es un niño como tú, no un demonio. Los demonios son invisibles y tu ángel de la guarda te protege de ellos. Si te vuelve a pegar en las orejas, díselo a tu profesor y que le castigue, ¿entendido majadero? Y yo digo que sí y el Padre Gaztelu alza su mano de mono y hace una cruz sobre mi cara y bisbisea una fórmula mágica para que yo vea que él también tiene poderes, y sal sin hacer ruido y avisa al siguiente. Por el pasillo me cruzo con otro grupo de niños, Donato va el último y se gira al verme, la venganza será terrible, cagao; y a mí me da lo mismo porque ahora sé que tengo un ángel que no le va a dejar hacerme daño.

Esa tarde Braulio no está en el portal de casa porque se ha ido con Don Ginés al campo y se han llevado con ellos al Bigotes para que se dé un garbeo. Rosario me lo cuenta mientras se abanica en la portería con una revista, pasa Colín y enchufa la radio mientras pongo el cazo al fuego. Apreté la tecla blanca y giré el botón del dial, la aguja echó a correr por la parrilla y empezaron a escucharse voces de hombres que hablaban en otras lenguas, una en inglés como la señorita Helen y otra en moro como Braulio en el Sidi Ifni, y otra mujer cantaba muy fuerte una zarzuela, mira qué gusto si es la Revoltosa qué pena que vaya a empezar la serie. Y Rosario me daba el colacao y sintonizaba a los negritos del África tropical y la voz profunda de siempre anunciaba el capítulo de Lucecita. Yo no quería hoy galletas de la caja que nunca se acaba porque pensaba en mi ángel de la guarda y en dónde andaría y cómo me podía proteger si era invisible, igual de invisible que el demonio que vive en los ojos de Donato. Se escuchó entonces en la calle la bocina de un coche, un frenazo brusco y un grito, y empezaron a oírse los gritos más fuertes que las palabras de la radio telefunken. Y enseguida ay Rosario, que nos lo han matado, la voz quebrada de Braulio junto al portal verde, y la cortinilla de cuentas abriéndose al paso veloz de Rosario. En la plaza había un grupo de gente reunida, justo en la esquina con la Gran Vía. Fui corriendo hasta allí mientras Braulio sujetaba a Rosario para que no fuera conmigo y entonces vi a Bigotes hecho un gurrño junto a la acera, frente al morro de un gran coche negro. Junto a él, una mujer muy rubia que daba explicaciones a Don Ginés y ustedes vieron, el animal se me echó encima de repente y no padezca, señora, tenía que pasar cualquier día, estaba medio ciego el pobre bicho. Me arrodillé junto a Bigotes y tenía las patas dobladas y una mancha de sangre le mojaba el hocico. Le acaricié mucho rato la cabeza y sólo al final miré al coche y allí en la ventanilla trasera estaban los ojos de Donato igual que los ojos muertos del Bigotes. Uno azul y otro marrón. Fijos en mí como demonios: la venganza. Y yo sentí el escalofrío y luego la pena, busqué al ángel y no lo vi por ningún lado. Así hasta que Braulio llegó cojeando con una bolsa para recoger el cuerpo de Bigotes y la mujer muy rubia subió al coche, arrancó el motor y la cabeza de Donato se hizo pequeña como un anisito y no vi más sus ojos y Maribel llegó a mi lado moviendo las trenzas, dijo se ha muerto el Bigotes y me dio un beso. Yo le pegué un empujón a Maribel y salí corriendo. Lloré mucho hasta la noche y mi padre me consoló cuando llegó del

trabajo diciendo que había sido un accidente y el pobre Bigotes ya era muy viejo; pero yo seguí llorando porque no podía decirle la verdad. A la mañana siguiente, camino del cole, le conté todo a mi hermano y él me escuchó sin parpadear, escupió contra un árbol, me despeinó y los ángeles son una mierda, chaval, nunca te fíes de un ángel, eso dijo mi hermano.

La audición dañada

Durante todo el día se sintió desdichado sin que hubiera una causa concreta a la que atribuir aquella turbación. Antes bien una amenaza que planeaba sobre su conciencia: un presentimiento que le latía tenso en las sienes y en la base de la columna vertebral. A la hora del almuerzo, Armando intuyó que era su conflicto con Laura el motivo más plausible de su estado, o mejor, lo que ella representaba en su vida y él temía perder. Le tranquilizó la certidumbre de que esa misma noche cenarían juntos y lo que hubiera de ser, sería; resolvió pues no torturarse y vadear las horas que le separaban de aquella cita del modo más entretenido posible. No lo consiguió. Cefalea, hormigueo cutáneo, pinchazos musculares que lancinaban su espalda a intervalos imprevisibles; las molestias físicas que reconocía como muestrario de su ansiedad. Pese a ello, por la mañana dictó dos clases en el politécnico y por la tarde, en su casa, inició un artículo para el suplemento del periódico. Se obligó a trabajar durante tres horas antes de salir con la bicicleta. Rodó quince kilómetros a lo largo del río a un ritmo regular. Se tumbó en la hierba junto a la bici e insertó un tapón de cera en su oído izquierdo; por unos minutos el mundo cesó en su estruendo y la vida empezó a deslizarse de puntillas frente a sus ojos: patinadores en la pista de cemento, ráfagas de automóviles por el puente nuevo, paseantes con sus perros, jóvenes madres tras sus carritos de bebé. Estudió el cielo ocre ribeteado por las ramas de los álamos; su cerebro estaba despejado, ni rastro del hormigueo ni de los espasmos. Gozó de aquel silencio opcional que el destino le había impuesto como mínima penitencia y se empleó a fondo con los pedales durante el camino de vuelta.

Llegó agotado pero contento a casa. Tras una ducha fría, inició los preparativos de su cita con Laura: recorte de uñas, afeitado, cambio de muda; meticoloso ensayo frente al espejo del discurso con el que pensaba poner fin a la crisis. Todo había comenzado con su enfermedad y ahora que ésta parecía al fin extinguida, la tara amorosa debía seguir idéntico camino, la pareja cesar en sus desavenencias y regresar a su felicidad anterior. Esa era su tesis, la que defendía con ardor de jurisconsulto frente al espejo y la que, ni bien formulada, se la caía hecha añicos sobre los azulejos del baño. La crisis se originó mucho antes y la enfermedad únicamente supuso una pausa, un espejismo, un interregno en el que los desacuerdos habían cesado para permanecer latentes y a la espera de su predecible eclosión. Si hubiera de establecer con honestidad un inicio

para la debacle ése sería el invierno anterior, y un detonante, su negativa a casarse con Laura. Acaso el rechazo del matrimonio hubiera podido constituir un simple bache, pero lo remató con su pretensión de llevar adelante en su lugar un proyecto de pareja abierta que ahora juzgaba tan torpe como temerario. Viviendas separadas, economías independientes, sexo en libertad. Ella se mostró contraria a la idea desde un principio y únicamente un serio amago de ruptura la llevó a aceptar sus pretensiones de manera hipotética. Así Laura asistió de pésimo grado durante los meses siguientes a sus flirteos con un par de alumnas, condescendió a disgusto en darle celos con José Wilfredo, un amigo de juventud, y le sorprendió una tarde encamado con una casquivana colega del departamento universitario, María Celia, una rubia frondosa, casada y de trato pueril cuya única virtud era una ferviente adicción a la infidelidad. Recordaba los ojos entumecidos de ella como si estuvieran enfocándole ahora mismo desde el fondo de aquel espejo. Recordaba la humillación irreversible de Laura y su propia descomposición subliminal mientras la cónyuge del decano se vestía apresurada en el dormitorio entre suspiros de rijosa contrariedad. Esto no va a funcionar, le espetó Laura cuando la puerta del piso se cerró de un golpe y María Celia huyó dejando en la cama deshecha aquel denso hálito de hembra furtiva. Y ella tenía razón. Toda la razón, reconoció Armando ante la imagen cariacontecida que le devolvía el azogue. Desde su perspectiva actual, aquel proyecto no había sido sino una locura pasajera, un abuso de poder, un delirio de vanidad masculina del que la enfermedad le vino a sacar. En su mano estaba poner fin a la pesadilla que suponía la probable pérdida de Laura y eso era lo que iba a hacer sin más tardanza, se prometió Armando solemne frente al espejo.

Laura no quiso subir a tomar una copa, había acudido en taxi y el chófer les estaba aguardando. Armando bajó a la calle y montó en el auto desde donde ella le silbó. La besó veloz en una oreja y se acomodó a un extremo del asiento trasero. Le dictó la dirección al taxista y explicó a Laura que era una taberna que le había recomendado un amigo. A ella le pareció bien su elección, se dedicó a contarle una serie de contratiempos en su trabajo funcional. Armando se limitó a contemplarla sin prestar atención a sus palabras mientras evocaba su imagen apenas cuatro meses atrás, siempre hablando del lado izquierdo de su cama en el hospital, siempre enlazando su mano con su propia mano cálida, confianzuda; sus ojos oscuros atentos a la lenta

evolución de su parálisis. La recordaba luego pendiente de todas sus necesidades hasta que la convalecencia hogareña había concluido con su exitosa recuperación, salvo por la pérdida de su oído derecho, y Armando pudo reincorporarse al trabajo. Fue a partir de ese momento, apenas tres semanas atrás, cuando ella comenzó a tomar distancias —eludir su intimidad, no responder a sus llamadas, racionarle el sexo— de modo progresivo pero contumaz. Sí, ahora era su turno, se dijo, el momento de recuperarla y ofrecerle aquello que ella deseaba y él le había negado con anterioridad: compromiso, proyectos comunes, amor incondicional. El taxi pasó en aquel instante frente a la finca donde la aguerrida María Celia convivía con su marido y sus hijos, y su ex amante no pudo evitar fijarse en que las luces de la alcoba estaban encendidas ni tampoco reprimir un brusco gesto de incomodo que Laura atribuyó a su cháchara laboral.

—¿Qué te sucede? —preguntó ella—. ¿Estás hoy de mal humor?

Armando negó con la cabeza enérgico y la sujetó de las manos.

—No —repuso—. La espalda me da pinchazos; pero tomé un calmante y ya se me pasa. No quiero que nada nos estropee esta noche, Laura, tengo algo importante que decirte.

Ella asintió con una sonrisa débil, le hurtó las manos para encender un cigarrillo y desvió su mirada por la ventanilla del auto.

Nada más llegar a la bodega, supo que había equivocado su elección. El ambiente del lugar era ruidoso y abigarrado. La clientela de aquel viernes noche parecía resuelta dilapidar su sueldo a conciencia. Reclamaban tapas y vinos a voz en cuello, emitían risotadas y rebuznos, camuflaban provechitos y regüeldos de satisfacción. Laura lucía bellísima en mitad de aquella barahúnda infernal. Llevaba los pantalones negros ajustados que él le regaló por su cumpleaños y un suéter pardo de cachemira que hacía juego con sus ojos y le remarcaba el pecho; sus labios brillaban como el coral. Armando experimentó un súbito latigazo de deseo que se bosquejó feroz en su entrepierna y le caldeó el rostro; a punto estuvo de tomarla por la cintura y escupirle su discurso de reconciliación a bocajarro. El ruido, la gente y un acceso de vergüenza le hicieron contenerse, esperaba a que estuvieran sentados al menos.

Tardaron casi cinco minutos en hacer efectiva su reserva y encontrar acomodo tras una mesa, más o menos el lapso que él precisó para acostumbrar su oído al recio volumen ambiental.

Nada más sentarse, Laura a su izquierda como siempre, un camarero acudió presto a tomarles la comanda. Era un individuo cetrino y larguirucho que les recitó una batería de recomendaciones. Se adornó con un par de ocurrencias chuscas, no apartaba la mirada de Laura y sonreía todo el tiempo desnudando las encías en una mueca lúbrica. Armando eligió el menú para ambos sin titubeos, obvió a conciencia las recomendaciones gastronómicas del sujeto. Laura, por contra, correspondía alegre a la sonrisa del camarero, celebraba risueña sus bufonadas; Armando odió su empatía femenina con virulencia durante un minuto. El incidente le distrajo de sus intenciones de plantearle su discurso reconciliatorio sin más preámbulos. En lugar de ello, paseó la vista por el atestado comedor. La clientela deglutía y peroraba con pareja intensidad. Ahora que su oído izquierdo se había acostumbrado a la contaminación acústica reinante y estabilizado el zumbido de fondo, la audición periférica que su enfermedad le había dejado como secuela comenzó a funcionar. En la mesa de la esquina, un hombre reprochaba a su esposa la mala educación del pequeño vástago mientras éste se tiraba por encima el jugo de las clóchinas. Una mujer contaba un chiste feminista a un grupo de solteras de despedida en la mesa contigua. En la siguiente, un jubilado glosaba las proezas de la escuadra de fútbol local. En la mesa vecina, una pareja de universitarios comentaba la película que acababan de ver en unos cines cercanos. El camarero les llevó el vino a la mesa y abrió la botella sin dejar de sonreír haciendo alarde de su habilidad con el sacacorchos; a Laura tan sólo le faltó palmotear de alborozo. Armando tomó un sorbo del vino y dio su aprobación con gesto ático. El camarero en correspondencia hizo restallar sus talones y humilló su cabeza antes de retirarse; Laura se desternilló.

—Qué tío más salao —se atrevió a señalar.

—Yo más bien lo pondría en salmuera —apostilló Armando.

—¿Qué te pasa ahora? —preguntó Laura.— ¿Otra vez de mal humor?

—En absoluto —respondió Armando intentando parecer distendido.

Sonrió con encono y le hizo una serie de mimos, cariños consuetudinarios que a menudo tenían la virtud de enternecerla; pero aquella vez Laura no les prestó atención.

El camarero acababa de reaparecer junto a ellos con sus primeras raciones y un nuevo retruécano en su boca esponjosa. Laura volvió a jalearlo y el marmitón se creció con un desplante

pinturero; Armando le bufó avieso. Cuando el tipo se retiró perseguido por las carcajadas de Laura, Armando se puso a comer sin transición para ahorrar comentarios. Laura hizo lo propio.

—Este niño está hecho un salvaje, como su tío y su abuelo y si crees que voy a consentir que lo sigan malcriando de esta manera estás muy equivocada — refunfuñó el padre de la esquina contemplando cómo su heredero lamía el aceite de las gambas.

—Pues enséñale tú educación en lugar de meterte siempre con mi familia —se soliviantó la madre apuntando con el tenedor entre los ojos de su marido.

—¿En qué se parecen los hombres a los pedos? —interrogó burlona una soltera a las demás integrantes de la despedida.

—En que te hinchan la tripa —contestó su vecina.

—En que hablan mal y huelen peor —resolvió otra.

—En que son igual de oportunos —propuso una tercera.

—En que se te escapan en los compromisos, en que no tienen remedio, en que cuantos menos mejor.

—Noooo. En que te los tiras cuando quieres —zanjó la soltera interrogante, y todo el grupo estalló en una carcajada telúrica.

—Aquellos eran tiempos de respeto —postuló el jubilado futbolero—. Se iba al campo a disfrutar. Nada de vallas protectoras ni de bárbaros en las gradas altas. No. El público sabía comportarse y los jugadores no galleaban como ahora, no eran millonarios, tenían que sudar la camiseta y sentir el escudo si querían jugar.

—Una actriz sublime —opinó el muchacho cinéfilo—. Cualquiera otra hubiera naufragado en ese papel.

—A mí no me lo parece —le rebatió su compañera—. Resulta efectista y está llena de tics.

—No digas herejías, esa mujer es toda naturalidad, toda inocencia.

—Entiendo que te gusten sus pechos, pero eso no tiene nada que ver con su nivel actoral.

—Quién habló de sus pechos —se encrespó el muchacho.

—Se te caía la baba en la escena de cama —contestó ella—; ésa es su mayor virtud, admítelo.

Armando admitió por su lado que la concurrencia a aquella tabernucha había supuesto un completo error, no sólo era por el camarero y sus vecinos de comedor sino que la cocina no estaba a la altura de los elogios de su amigo. Además, descubrió que no tenía el menor apetito, así que procuró mantener su atención alejada de las conversaciones circundantes y concentrarse lírico en la contemplación de Laura, quien comía con buen empeño, en tanto repasaba las frases del discurso con que pensaba sorprenderla a la llegada de los postres. Amor, responsabilidad, respeto, procreación, fidelidad mutua; aquellos conceptos bailoteaban en su cerebro al tiempo que la imagen de Laura le encandilaba las pupilas. Le encantaba el modo grácil en que se llevaba el tenedor a los labios, la discreta masticación que fruncía sus mejillas en dos hoyuelos adorables, el movimiento sincrónico de su mandíbula, el descenso del bolo alimenticio por su esófago que se marcaba en la leve contracción de su cuello. Fruto de aquella atenta observación, advirtió de repente que ella llevaba un pequeño moratón a un lado de la nuca, o quizá no fuera tan pequeño sino que el cabello derramado sobre aquél ocultase su verdadera extensión. Aun así, la porción del hematoma violáceo y dentado que emergía junto a su carótida no dejaba lugar a dudas sobre su origen. Armando tragó saliva, su último contacto sexual databa de al menos dos semanas atrás. La sombra de la infidelidad se derramó por la mesa al tiempo que el camarero irrumpió con la segunda entrega de su comanda. Laura señaló que el pulpo estaba exquisito y le dio las gracias.

—Las que te adornan, morenaza —respondió el individuo mientras su sonrisa alcanzaba un límite indignante de procacidad.

Laura se sonrojó entonces por primera vez y Armando se dispuso a intervenir con una reconvención cuando un vahído estomagante se lo impidió. Fue como un abrupto crujido de tripas que le hizo quebrarse de dolor. Se recuperó en silencio, bajo el escrutinio sesgado de Laura, repitiéndose que esto no está pasando, no hagas nada, si te ha puesto los cuernos lléalos con dignidad, acaso no se lo sugeriste tú. Ni siquiera lo verifiques. Lo que no se nombra, no existe. Mírala de frente y habla de música o de insectos, pásalo todo por alto pero no la pierdas. Dale con tu discurso en la cabeza como con una cachiporra, no esperes más. Armando alzó la vista,

Laura estaba inclinada picoteando de las raciones recién servidas, e hizo una veloz panorámica por el comedor: el grupo de solteras acababa de tributar un inesperado homenaje al priapismo poniéndose sendos falos de látex sobre las cabezas que balanceaban al ritmo isócrono de una canción de moda; el vástago del matrimonio arrojaba cacahuets al aire y los cazaba al vuelo con la boca ante la mirada inyectada en sangre de su progenitor; la muchachita de gafas cuadradas y pecho escurrido rechazaba airada el café junto con los argumentos que le exponía su compañero acnéico de gafas redondas entre tecnicismos de difícil reproducción; con gran aparato gestual, el jubilado hacía un detallado análisis de las virtudes y defectos de la actual plantilla del equipo futbolístico para asentimiento cómplice de sus contertulios.

Tras su breve inspección, Armando sin poder evitarlo volvió a enfocar sus ojos sobre el cuello de Laura, le dirigió al punto una caricia a esa misma zona y le retiró con disimulo el borde de la melena. Comprobó tembloroso que el hematoma tenía casi tres centímetros de diámetro.

—El lunes pasado estuve en casa de José Wilfredo —le informó Laura consciente de sus movimientos exploratorios—. Pasé la noche con él.

La noticia le produjo un hormiguelo que ascendió urticante por sus piernas, caderas y nalgas hasta concretarse en una radical sensación de picazón testicular. Procuró, no obstante, dominarse.

—¿Y qué tal fue el asunto? —preguntó con una voz que sonó meliflua.

—Mejor de lo que imaginaba —contestó ella—. Resultó ser muy tierno José Wilfredo.

—Y muy apasionado por lo que parece.

—Sí, apasionado también.

Armando bajó la vista ante la expresión desafiante de Laura. No deseaba una pareja abierta, ahí la tenía. No quería amor libre, pues dos tazas. Sí, estaba recibiendo su merecido, el pago por todo el sufrimiento al que ella se había sometido desde el invierno anterior; pero la certidumbre de justicia moral que contenía aquella venganza femenina no aminoró su dolor ni su humillación. Para colmo, sorprendió una nueva mirada codiciosa del camarero sobre Laura desde el extremo opuesto del comedor; ella no sólo se la mantuvo sin disimulo sino que persiguió su

figura larguirucha hasta que desapareció tras las puertas batientes de la cocina. Las frases de su proyectado discurso se le agolpaban en el cerebro en furiosa disputa con su prurito testicular. Debía sobreponerse y pasar por alto aquel desliz sexual, formular su propuesta como si nada de lo anterior hubiera sucedido, restar toda importancia a aquel castigo que se había ganado a pulso. Lo intentó con todas sus fuerzas, abrió la boca para decir algo intrascendente, cambiar de tema, reconducir la situación; pero fracasó. Apretó los labios, volvió a evitar la fría mirada de Laura y buscó refugio para aquella desazón en su periferia auditiva: No me amenes, estoy harta de tu prepotencia y tu mala uva. Utilizas al niño como válvula de escape, en el fondo soy yo el objeto de tu ira. Ya, eso es lo que te explica el psicólogo, bla y bla y más bla mientras este pequeño monicaco se va meando por los rincones; además tú no sabes lo que es la ira, si me tienes capado como a un puto gato siamés, pero a partir de esta noche te vas a enterar. Digamos adiós a nuestra amiga, Rosita celebra su himeneo y se adentra en un universo de sacrificios y renunciaciones a cambio de una pequeña dosis de sexo semanal mientras nosotras permanecemos a salvo de las garras del eterno masculino, libres de acostarnos con quien se nos antoje, libres de suegra, prole y tareas domésticas. Deseémosle mucha suerte en su dura travesía matrimonial y tengámosla presente en nuestras oraciones por siempre jamás. Rosita, nunca te olvidaremos. Amén. Y entonces, como os lo cuento, el chaval puso a coger setas a los cuatro defensas romanos y se la levantó en vaselina al portero. El estadio entero se venía abajo de la ovación y las banderas tremolaban y las carcacas estallaban en el cielo nocturno y no había paisano bien nacido que no sintiera esa emoción palpitando en su pecho como la luz al final de un túnel de angustia y privación. Si piensas eso es que no tienes el menor sentido estético tú, es que no te fijaste en cómo le brillaban los ojos, en cómo le temblaba la voz. Si yo hubiera tenido al macizo ése encima también hubiera temblado como un flan, no te jode la lista. Nunca pensé que fueras tan vulgar y soez, nunca te imaginé tan carente de sensibilidad. Ni yo que tú fueras un hipócrita que se mata a pajas con las tetas siliconadas de esa zorra cara de atún.

Armando agitó la cabeza para obviar aquel torrente de voces que, lejos de aliviar su miserable situación, le impedían serenarse con su fragor. Respiró hondo; amor, procreación,

responsabilidad, recitó de corrido para sí. Trató de volver a posar sus ojos sobre Laura justo en el instante en que el camarero se plantó de nuevo junto a la mesa y les interrogó por el postre.

—Algo muy dulce —solicitó ella devolviéndole al tipo aquella sonrisa atroz—. Lo dejaré a tu elección.

—Un café solo para mí —balbució Armando mientras se limpiaba el sudor del rostro con un pañuelo.

El camarero le ignoró, aumentó el grosor de su sonrisa pertinaz y avanzó hasta la barra resuelto y evanescente como un bailarín del Bolshoi. Armando apenas pudo seguirlo con la mirada. Nunca se había sentido tan mal físicamente desde que salió del hospital. Las piernas se le aflojaron y las sienes le redoblaban de dolor, sus testículos habían evolucionado del picor a una preocupante vaciedad glandular. Estaba seguro de que la espalda volvería a martirizarle con sus espasmos en cuanto pasara el efecto del calmante. Los ojos de Laura se habían posado sobre él y le recorrían el rostro como un escáner a la búsqueda de un tumor.

—¿No tenías algo que decirme esta noche? —preguntó asertiva—. Pues soy toda oídos.

Armando asintió pálido e intentó hacer un último esfuerzo, pero las oraciones de su discurso de reconciliación se disiparon en el aire barridas por una fuerza mayor que su voluntad y se limitó a boquear como un pez fuera del agua mientras el camarero regresaba a la mesa con un café hervido y un plátano frito guarnecido de nata montada que depositó triunfante frente a Laura. Ella troceó la punta de la fruta, la untó de nata y la condujo hasta sus labios abiertos sin apartar los ojos brillantes del rostro del larguirucho. Armando experimentó una arcada y salió de estampida hacia el baño.

En la puerta de los servicios se tropezó con la chica que abandonaba la soltería, por sus prisas ella también debía sufrir algún apremio estomacal. Entró a todo trance en un cubículo, vomitó la cena y parte del almuerzo, luego metió la cabeza bajo el grifo de agua fría y empapó sus cabellos. Examinó su rostro en el pequeño espejo del lavabo y aguzó su oído izquierdo mientras se peinaba con las manos en rastrillo; las voces del comedor le llegaban a través del conducto de ventilación en pequeños susurros que se inoculaban como veneno en su oído sano: Y le dije que no me lo volvía a hacer con él porque no me salía del higo, si se va a casar con esa mustia de

Rosita por el dinero de su padre que se vaya olvidando de mí. El niño no es tuyo, gilipollas, entérate de una puñetera vez; por eso es así de natural y yo cada vez que lo miro me acuerdo de la única vez que pude gozar en la cama con un macho de verdad y no con un medio hombre como tú. Pues a mí me han dicho que su mujer aprovechaba los domingos por la tarde para irse al bingo y jugarse hasta las cejas, el año que ganamos la liga les ejecutaron una hipoteca y los pusieron en la calle, si los hijos no los recogen se tienen que ir bajo un puente, ya ves, la afición al fútbol le salió cara al pobre diablo. Entiendes tanto de cine como yo de húngaro, tonto de baba, a quién te crees que impresionas con esa pedantería, y esa actriz que tanto te gusta es un travestido, tiene un cipote como un estintor, que lo sepas, atontao. ¿Y ese menda que está en el lavabo es algo tuyo, corazón? Nada importante, un amigo de otros tiempos. Pues yo libro en un par de horas ¿Por qué no le das esquinazo y te tomas algo conmigo luego?

La cisterna se descargó violenta en un retrete vecino y el jubilado futbolero asomó por la puerta del cubículo. Le lanzó una mirada desaprobatoria, debía haber escuchado antes sus arcadas, y abandonó los servicios veloz. Armando aplastó sus cabellos con el chorro de aire caliente del secamanos, repasó sus ropas. Por fortuna, no se había salpicado de vómitos. Salió del cuarto de baño y se dirigió con paso vacilante hacia la mesa. Laura le aguardaba impaciente con un cigarrillo en la mano; se había acabado el plátano hasta la última migaja, incluso se había bebido su café.

—¿Te encuentras bien? —leyó en sus labios rojos.

—No, estoy un poco mareado. Algo ha debido de caerme mal al estómago. Creo que me voy a casa —añadió dejando unos billetes sobre la mesa—. Supongo que no te importará que no te acompañe.

Ella negó con un parpadeo.

—¿Necesitas que te acompañe yo a ti? —le preguntó sin ningún entusiasmo.

—No, pediré un taxi con el móvil. Gracias y adiós.

Logró caminar hasta la puerta de la taberna sin volver la vista atrás, ganó la calle como un preso en su primer día de permiso.

Desfiló a buen ritmo junto al cauce del río durante al menos un cuarto de hora. El gélido viento nocturno azotó su rostro de firme y acabó por despejarle. Los automóviles zumbaban vertiginosos por la calzada, las luces de los semáforos guiñoteaban sincrónicas e insonoras, los escasos viandantes apretaban el paso al cruzar la ancha avenida; el mundo vibraba y él vibraba en su centro. Armando se recostó calmoso contra el pretil de un puente, fumó un par de cigarrillos en silencio. Le sorprendió descubrir que no sentía ira, odio, ni siquiera un rastro del dolor físico que le había martirizado durante todo el día. Al cabo, extrajo el móvil del bolsillo de su abrigo y pulsó un número en su agenda personal.

—Buenas noches, Maria Celia —saludó ufano—. Adivina dónde me encuentro ahora mismo. Justo debajo de tu casa. Vi tu luz encendida y me pregunté si me invitarías a una copa.

—Pobrecito —clamó burlona y algo ebria en su oído izquierdo la voz de Maria Celia—. Te estarás helando de frío.

Ella se hizo de rogar por tres minutos, pero finalmente se dejó convencer sin plantear excesiva resistencia y aceptó hospedarle entre sus sábanas. El decano estaba en un congreso, cosa que Armando sabía, y los niños hacía un buen rato que dormían. Atravesó la avenida y oprimió el botón del portero automático, el portal se conmovió con un tenue zumbido. Antes de entrar en el ascensor, Armando se espantó una lágrima de un manotazo, atrapó en su bolsillo el tapón de cera y lo insertó preciso en su oído izquierdo

La dama del mastín

Ahora, con mi secreto a buen recaudo en el bolsillo del abrigo, mientras camino hacia la casa de Tralalá, habré de rememorar la historia desde su inicio y darle mínimo sentido a la catástrofe. Hay un momento característico en la existencia de todo hombre maduro, el momento del repliegue. Sí, el adulto hace balance de posesiones y carencias, de logros y fracasos, de diurnas expectativas y terrores nocturnos. El resultado de dicho balance nos lleva indefectiblemente hasta el repliegue. Consiste este en una magra aceptación del destino, en una negación sarnosa de la aventura, en una involución de la personalidad en sus aspectos más facundos. A partir de cierta edad, sin remedio te apocas y te opacas. Eres un bulto en la oficina, un bolardo en la avenida y el individuo que asoma en las fotos con cara de burgomaestre. Estiras de la cadena y ya ha pasado otro día. El mundo pierde relieve, empiezas a intuir su doble fondo. A palpar las vísceras hinchadas de la rutina, a nadar contracorriente. Careces de consistencia y ganas en insustancialidad. Pasas a ser de un sujeto o acaso un objeto a un complemento circunstancial de lugar. El señor de la esquina, el del sombrero, el flaquito de las gafas, el del metro y el del horno, el que susurra y el que gatea, el ex forajido, el ex ministro, el que ya no es. Junto a. Dentro de. Según con. Sobre la. Desde su. Contra el. Una preposición que abarca a todos y a ninguno y así tu fugacidad te humilla, la muerte te espanta el sueño y retrasarla en lo posible se hace objetivo prioritario. Alejar el pánico a manotadas cada vez más violentas, más precisas. Tantas estrategias como personas, tantos pulsos como abandonos, tanto desaliento y tanta maceración exudan al cabo un perfume lujurioso con el que fantaseas a cada mañana, al que te agarras aún sin palpable renuncia, todavía con esperanza ruin.

El momento del repliegue te persigue implacable durante años adherido a tu fatiga como el forro al abrigo o la sombra al pie y es fácil detectar su llegada pues siempre te da caza por la espalda, a traición. Los síntomas físicos que le preceden son inequívocos, una noche te huele la boca a bosta o una mañana tu pilila te niega el saludo, la columna se te encasquilla o algún bicho atenta voraz contra tu salud. Los espirituales más aun si cabe, el fisco te persigue, llueve siempre en tu día libre, tu esposa te abuchea a la hora del desayuno, tus hijos incuban sin saña su propia desesperación. El momento del repliegue se caracteriza asimismo por una brusca, desalentadora clarividencia. Sales a la calle y allí están todos danzando contra la luz: el que intenta la venta, la

que perdió el autobús, el niño dando por el saco y el viejo desdentado que te habla a la oreja del mañana, hay uno de ellos en cada esquina, y si les insultas, escupen arañas por la nariz. No quiero cansarles. Hace apenas un par de semanas cumplí mis cincuenta años y, pese a conocer bien los síntomas, yo aún me resistía al repliegue cuando todo sucedió.

Así que ahora, con el arma oculta en el bolsillo del abrigo, mientras camino hacia su casa, quizá sea el momento de ir de una vez al ajo. Supe de Tralalá nada más llegar a mi nuevo barrio. Era imposible no verla cada tarde luciéndose por la plaza con la bestezuela correteando a su lado. Yo la espiaba desde la ventana de mi estudio y me deleitaba en su lenta contemplación. Treinta y tantos años, tantos como usted quiera imaginar, vestuario oscuro, un rostro ojeroso con un punto cernido de locura en la mirada, ánimo de esparcimiento en la risa cantarina y una habilidad para lanzar penetrantes silbidos de reclamo a su enorme mastín con dos dedos en la boca que me extravió el sentido cuando se la vi ejercitar. Todo ello arropado en un cuerpo soberbio. Era recia, pechugona y bien plantada Tralalá; una jaca rubensiana, una vestal vespasiana, una odalisca como un tonel. Mi tipo. El tipo de mujer que me obliga a temblar de deseo e indignancia en la noche fría. No tardé en hacérselo saber.

Acababa de traspasarme el tímpano con uno de sus silbidos cuando yo cruzaba el parque. La trepanación operó en mí el acostumbrado efecto paralizante. Paréntesis que aproveché para intercambiar una mirada urgida con tan hermosa mujer. Al poco, escuché a mi espalda el galope obediente del monstruo. Pasó junto a mí sin prestarme atención, hizo una cabriola, se adornó con un giro y largó tremenda meada contra un banco de hormigón. Aquel chucho debía pesar cinco o diez kilos más que yo y gastaba una dentadura sarracena, lucía un aspecto entre desmañado y bobalicón no exento de peligro. Sin dejarme arredrar por ello, me aproximé galante a su ama y le pedí la hora.

—¿Y para qué la quieres?

—Ando apurado —le dije yo.

—Todos andáis igual.

—Unos más que otros —maticé.

—¿Y tú eres de los unos o de los otros? —preguntó.

Titubeé.

—Carezco de toda certeza —dije tras mi reflexión—, salvo la que se esconde tras unos ojos como los tuyos, diosa de la fecundidad.

—Eres muy zalamero, tú.

—Se hace lo que se puede.

—Vivo con mi novio.

—Yo estoy casado.

—Mi perro acaba de cagar debajo de ese rosal —me informó.

Tras este instructivo intercambio dialéctico, no volví a tropezarme con Tralalá en cuestión de tres semanas. Un viaje a Crimea, negocios sucios, hijos descarriados, problemas de la mediana edad cuyo detalle les pienso ahorrar distrajerón mi atención. Cuando al fin estuve de vuelta en mi estudio dormí de un tirón dos días seguidos con sus dos noches. En ambas soñé con Tralalá. Ella y yo habitábamos en una isla desierta en perfecta armonía consagrados de modo alternativo al cultivo de mandioca y a la holganza extrema hasta que nos descubría con catalejo el capitán cojo de un barco de negreros, hacía desembarcar a su tripulación —una randa patibularia provista de látigos y fórceps— y la cosa empezaba a degenerar hacia el sado entre las palmeras. Al despertar, lloré a alaridos, limpié mis manchurrónes y eché de menos con furia a la dama del mastín.

Quiso el azar que me cruzara con ella al día siguiente en el parque cuando iba a comprar la prensa al quiosco, la saludé y me sinceré repentino:

—Quién fuera perro para que tú le pusieras el collar.

—Seguimos más sueltos que la Picores —observó Tralalá.

—Al cuerpo hay que brindarle desahogo.

—Se me ocurre cómo lo puedes a hacer.

—Pienso en algo más espontáneo. Como tu chucho el otro día, bajo aquel rosal —proseguí inmutable.

—A las plantas hay que darles cariño —me concedió.

—El perro es un animal que sufre un gran desprestigio. Y sin embargo el hombre...

—El hombre es un ser perverso —gimoteó.

—No necesariamente. Silba y acudiré con la lengua fuera. El hombre puede ser cuadrúpedo cuando le interesa.

—Pero el perro no puede ser bípedo. Y es una lástima. A veces pienso que Bastián es mi mejor compañero. El más sensible, el único que me ha sido fiel.

—Bastián se llama, esa bestia. Qué curioso, yo me llamo Sebastián. ¿Y tu gracia?

—Tralalá.

—¿Tomamos algo juntos?

—Otro día, quizá. Mi novio me ha dejado por una pindonga y ando con el ánimo hecho cisco. No me lo tomes a mal, Sebastián.

—Otro día entonces, Tralalá.

Me detuve ante el quiosco y adquirí el periódico mientras contemplaba los andares de la mujer del mastín por la acera. Triste, contrariada, cadenciosa Tralalá. El quiosquero se percató de mi actitud y cuando le ofrecía unas monedas no dudó en comentar:

—Una mujer remarcable, nuestra oronda Tralalá.

—Y usted que lo diga —convine yo.

—Pero el perro es un hijoputa — dijo el quiosquero con un punto rencoroso en la voz.

—Sí, tiene pinta de serlo —zanjé el asunto—. Adiós.

Nuevos compromisos existenciales me mantuvieron alejado por un mes de Tralalá. Un altercado en el teatro, la enfermedad de un pariente, trabajos mal remunerados; nada que valga la pena contar. Le consagré masturbaciones furtivas y algún recuerdo nostálgico siempre que una mujer fornida se cruzaba en mi camino. Una noche soñé que estábamos de nuevo ella y yo en la isla, los negreros habían desaparecido del mapa pero esta vez Bastián nos acompañaba y, dada su celosa vigilancia, no hubo lugar a otra onírica explosión seminal. Desperté acalorado y con ánimo menesteroso. Forjé en mi ánimo la firme voluntad de trabar conocimiento carnal con Tralalá. Me aposté en la ventana y vigilé el barrio. La vi paseando con el chucho a media mañana, se había alejado de su ruta habitual y rondaba por mi calle zozobrando sin prisa su atractivo rotundo, animal, oscuro como mi corazón. Bajé a saltos del estudio, salí a la calle y me abalancé sobre ella desencajado.

—Tralalá, cuánto tiempo sin verte, mi diosa.

—Lo mismo digo, zalamero.

—Soñé que tú y yo vivíamos en una isla desierta.

—¿Y qué tal se nos daba?

—Invítame a tu casa y te cuento.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—Andas apurado otra vez, Sebastián.

—No lo sabes tú bien.

Tralalá me miró penetrante. Bastián aprovechó la ocasión para levantar la pata contra una farola y salpicarme los zapatos. Dieron las once de la mañana en el reloj de la Catedral.

—Vamos —me instó al cabo con un gesto de su mano gordezuela Tralalá—. Me da que tú eres de los que le gusta la morcilla.

Quedé tan perplejo como inquieto con esta conclusión. Aquellas misteriosas palabras me llenaron de zozobra durante el corto trayecto hasta su hogar. Un chagall desastrado que hedía a legumbres y ropa húmeda, amén de los humores propios de Bastián. Tralalá me hizo instalar frente a una mesa cubierta por un hule, sacó una botella de vino peleón y una olla de fabada humeante. Le puso un kilo de carne picada al monstruo en una escudilla, conectó un ventilador y se abrió el corpiño negro que llevaba para refrescarse.

—Este calor me mata, hijo —suspiró.

—Las temperaturas han subido de manera inmoderada —constaté extasiado por la visión de su rechoncho canalillo—. Un anticiclón procedente de las Azores.

—Las altas presiones ya se sabe.

—Y las bajas ni te cuento.

—Come, come —me alentó señalando la fabada—. La morcilla de mi tierra un lujo. Ya lo verás.

Devoré la fabada aliviado mientras Tralalá me hablaba de su infancia entre los prados y las montañas, siempre comiendo quesuco en la casuca, siempre correteando feliz sobre los riscos,

y se me hizo la boca agua al imaginarla así, vívido retrato de una pastorcilla viciosa, driade crecida en el lagar, nínfula obesa entre vaquerías, beldad bucólica y demencial. Acabamos la botella de vino en un pispás, abrimos otra y brindamos por la niñez, por la inocencia, por ella y también por mí. Bastián se había quedado traspuesto tras zamparse su escudilla y dormitaba sobre un sofá. Seguimos pues hablando de todo y de nada, de dios y la virgen, del bien y del mal. Al acabar la tercera botella, me aproximé a Tralalá con las peores intenciones, ella me puso una mano en el pecho.

—¿Qué buscas exactamente, Sebastián?

—Estoy enamorado de ti, Tralalá. Sueño contigo noche sí y noche también, hablo solo por la calle, en tu homenaje consagro todos mis fluidos a Onán. Déjame demostrarte mi amor, que es de ley, y juro que no te arrepentirás.

Ella sopesó mi propuesta y mi deseo con un mismo movimiento rotatorio de la palma de la mano. Sonrió taimada.

—Aquí no —señaló a la bestia—. Bastián es celoso. Vamos al cuarto.

La seguí hasta una penumbrosa alcoba donde Tralalá me hizo gozar como un puerco en el lodazal. Consintió en todas mis perversiones y aun me enseñó otras flamantes. Fui un enano dichoso entre sus nalgas abiertas, escalé los más altos picachos, descendí a las hondas sentinas, me bañé en la espuma negra de sus entrañas y emergí triunfante como un tritón en mitad del oleaje lustral. Y así hubiéramos seguido de no ser por los lastimeros aullidos de Bastián, el chucho llevaba tres horas arañando la puerta de la alcoba sin que ella le diera la menor importancia; pero cuando empezaron los ladridos desaforados, Tralalá saltó del lecho y me dijo que iba sacarlo a paseo.

—Date una ducha o come algo. No tardo más de un cuarto de hora en volver.

Cuando escuché el cierre de la puerta, me levanté a mi vez ebrio de amor y curiosidad. Paseé por el sucio apartamento en pelota picada, como un Tarzán de tres al cuarto, reconociendo mis nuevos dominios, observándolo todo con avidez: las jarapas polvorientas, las máscaras africanas, los geranios moribundos, las zurrapas de humedad, los juguetes de Bastián diseminados por la diminuta terraza, las manchas blancas de cocaína en un espejo de mano, los discos de

Giovanotti, Nino Bravo y Tom Jones. Absorbí la información que aquel chiscón emanaba sin procesarla, con absoluta aquiescencia hacia todo aquello que me pertenecía pues rodeaba a la mujer del mastín. Mi enamoramiento por la gorda Tralalá fue tan fulminante como proceloso, y no admitía tara en su festejo. Me tumbé de nuevo en la cama, aguardé su regreso excitado como quien aguarda una revelación.

Tralalá y yo fuimos amantes durante un trimestre. En escaso tiempo comprobé que ella estaba loca de atar, pero eso no me importó. Al contrario, me sumergí en su demencia con fervor de buzo oceánico. Paseábamos al chucho por el parque, tomábamos helados y nos ayuntábamos a diario. Nos veíamos siempre en su casa pues yo a menudo recibía visitas profesionales en el estudio. Así que acudía a su lado al acabar el trabajo y dejaba que ella me alimentara el cuerpo y el espíritu con su delirante efectividad. Una de esas tardes, Tralalá me anunció que tendríamos una visita. Se trataba de su ex novio, un tipo sobre el que ella había vertido toda suerte de vituperios abstractos y al que yo aún no había tenido ocasión de conocer.

—Viene a recoger sus cosas, el muy cerdo. Me llamó ayer.

—¿Qué sucedió entre vosotros?

—Salió huyendo como una rata en cuanto le dije que quería tener un hijo. Se buscó a otra y hasta hoy.

—¿Y sigues queriendo tener un hijo?

—No quiero hablar de eso ahora. Y menos contigo, Sebastián.

—Habla conmigo, mi diosa, yo no me iré a ningún sitio.

Tralalá me miró de reojo, hizo un puchero y confesó: Sí, quería un hijo y lo quería tener conmigo. Su único, verdadero, tiñoso amor de madurez. Había abortado hasta tres veces y los fantasmas de sus fetos la perseguían en el sueño. Se había sometido a pruebas médicas y aún era fértil como una coneja, pero el tiempo corría avieso y su naturaleza entera cantaba pletórica en las noches de luna intensa: maternidad, maternidad, maternidad.

La escuché en silencio, la tomé las manos, alcé su barbilla rolliza y temblona.

—Entiendo tus razones, mi diosa. Déjame pensarlo un poco. Ya sabes que te amo como un energúmeno.

Tralalá se sorbió los mocos y me miró agradecida, esperanzada también. El timbre de la puerta sonó en ese momento. Ella abrió y el ex novio la saludó seco desde el dintel, preguntó si el perro estaba encerrado y, ante el asentimiento de ella, entró en el zaguán. Avancé hasta situarme al lado de mi amante y saludé a mi rival. Tralalá hizo sucinta las presentaciones. El tipo me alargó una mano y yo se la sacudí.

—¿Qué hay de lo mío? —preguntó el tipo.

—Lo metí todo en una caja de cartón. Espera que ahora la saco.

Tralalá desapareció fría en dirección a la terraza donde guardaba las pertenencias del ex novio, sin duda regadas de orines por Bastián. El muchachote me dirigió una sonrisa esforzada y preguntó:

—¿Qué tal se encuentra ella?

—Estupenda, ya lo puede ver.

—Es una gran mujer —valoró el sujeto—. Y usted parece un buen hombre.

—Gracias —carraspeé.

—¿La quiere usted bien? —prosiguió su cuestionario.

—Amo entero a Tralalá —respondí modesto—. Así es.

—Sean felices mientras puedan —aconsejó el ex novio—. Pero tenga usted cuidado con el perro.

—Bastián nunca ha sido agresivo conmigo.

—Tanto peor. No le saque usted el ojo de encima —me advirtió—. Se lo digo por su bien.

La llegada de Tralalá acarreado la caja de cartón puso fin a las confidencias del ex novio. El individuo agarró la caja sin molestarse en comprobar su contenido. Los ladridos furiosos de Bastián que se escuchaban desde la terraza parecieron acuciar a nuestro invitado. Me estrechó la mano de nuevo, dijo adiós a Tralalá, que le negó la mejilla, y salió zumbando escaleras abajo.

—No parecía tan mala gente.

—Un egoísta y un cobarde. Pero ahora qué más da —sentenció estoica Tralalá.

—Ven conmigo, jamona, que ahora el que te da soy yo.

—Dámelo todo —exigió.

Tralalá se arrojó en mis brazos y yo en los suyos. Lo hicimos allí mismo, sobre una jarapa en el recibidor. Ella se empleó a fondo, algo más a fondo que siempre quiero decir. Me absorbió, me trituró, me digirió y escupió mis huesos a la calle varias horas después. Tralalá era mi diosa y yo su esclavo feliz. Paseé por el barrio a la luz de las estrellas de camino al estudio, envuelto aún en un nimbo persistente de placer.

Cuando volví a verla al día siguiente, su rostro brillaba de expectación. Me hizo sentar a la mesa, me sirvió un cocido montañés, queso de cabra, dos botellas de tintorro, y a los postres se lanzó a tumba abierta sobre mí:

—Bueno, qué me dices de lo nuestro. Si tú quieres me quito el diu ya mismo.

—Creo que lo mejor será esperar un poco, mi diosa.

—¿Esperar a qué, Sebastián?

—A que yo resuelva las cosas con mi mujer. Un divorcio es complicado y costoso. Un hijo ahora no me ayudaría, la verdad.

—Me engañaste. Eres un bastardo.

—Sólo te pido que esperes un poco, Tralalá.

—Si eso es lo que piensas, vete y ni vuelvas —dijo señalando la puerta.

Salí de su casa humillado y confuso. Caminé por el parque mi desazón. Yo no deseaba más hijos, nuevos hijos que se mirasen en los ojos de la muerte, pero tampoco quería perder a la gorda Tralalá. Aquella encrucijada terrible me oprimía el corazón y me dañaba. Transcurrieron diez días sin ver a mi amante. La vida me reclamaba con facturas, con apremios, con avisos de bomba, con funerales y destierros; mas cuando la luz caía y llegaba la tarde yo lloriqueaba por las esquinas de mi estudio echando de menos los succulentos guisos y las picardías volcánicas y las dos nalgas en sazón de Tralalá; aun así me resistía a visitarla. Hacerlo equivaldría a aceptar sus condiciones leoninas y no estaba dispuesto a ello, todavía. Confiaba en que tarde o temprano ella diera su brazo a torcer. Pero conforme las jornadas pasaban, mi necesidad de ver a la gorda se hacía más y más lacerante. Fantaseé al fin con una reconciliación negociada, un acuerdo nominal

donde ambos cediésemos y que concluyese a todo trance con un feliz ayuntamiento. A la mañana siguiente, espí su paso junto al chucho por la ventana, bajé al trote de lo mío y la asalté:

—Esto no puede seguir así, mi diosa. Te extraño tantísimo que voy a enfermar.

—Parole, parole, parole —canturreó Tralalá.

—Te daré lo que tú quieras —le mentí convincente y arrebatado—. Cualquier cosa que me pidas.

—¿Es eso cierto? —me preguntó ella con ojos severos.

—No he dicho una verdad más grande en mi vida —retruqué.

Me abrazó allí mismo con ahínco y yo la abracé también. Bastián galopó enternecido a nuestro encuentro y ambos le acariciamos la cabezota mientras nos devorábamos a puro beso. Fuimos corriendo los tres hasta su casa mugrienta y nos metimos en la cama sin apenas quitarnos la ropa. Tralalá me cobijó entre sus muslos abiertos y yo la taladré una y otra vez. En mitad del hartazgo, me dijo:

—Esmérate, zalamero, que hoy puede ser el día.

—¿Quieres decir...?

—Quiero decir que hoy no hay barreras entre tu semilla y mi sembrado, Sebastián

—¿Ya te has quitado el diu? —vociferé.

—Por supuesto —contestó impávida Tralalá.

La información me dejó helado, ella apreció mi espanto, mis dudas, mi retracción.

—Ah, miserable embustero. Ah, hi de puta. Ah, canalla sin entrañas —repetía la gorda con acrecida indignación.

—No te lo tomes así, mi diosa.

Quise salir de su interior en ese preciso instante, pero Tralalá lo impidió apretando sus robustas pantorrillas contra mi espalda. Me miró con gesto dolorido, se llevó dos dedos a la boca y silbó. Escuché el golpe de la puerta al abrirse, el galope pesado y obediente de Bastián. Sentí el peso del monstruo al subir de un salto al lecho y olfateé aterrorizado su aliento fétido cuando me apoyó las patas delanteras en los omoplatos.

—No, por favor —supliqué a Tralalá.

Ella sonrió, olímpica en su desprecio como en todo lo demás, esa gorda infame Tralalá. Sentí la embestida, grité y ya era tarde.

Quince días han pasado desde entonces. Quince días encerrado en mi estudio, rumiando mi venganza, haciendo balance de pérdidas y ganancias, soportando al borde de la nada el dolor. Por eso, cuando camino ahora decidido hacia su casa con el astra de mi abuelo en el bolsillo, soy un hombre replegado y sé bien lo que debo hacer. He iniciado los trámites del divorcio y daré un hijo a Tralalá, compartiré mi vida con ella, me bañaré en su pérfido amor. Pero antes me llevaré a pasear a Bastián hasta el descampado de la fábrica de cerveza. Le dejaré corretear, aliviarse a su gusto, perseguir a las ratas. Minutos después silbaré con dos dedos en la boca para que acuda a mi lado. Le pondré el collar en torno al cuello, le sujetaré con fuerza, apoyaré el cañón del arma en su cabeza. Y, antes de descerrajarle dos tiros, le miraré a los ojos con mis ojos llenos de lágrimas para que la bestia lea acaso en ellos un último resto de despiadado agradecimiento, de orgullo inflexible, de sorda complicidad animal.

Un maestro del soborno

Mi tío Félix era el hombre más encantador del mundo. Un encantador de serpientes, matizaba a media voz mi abuela Maruchi siempre discola, siempre resabiada en las sobremesas familiares mientras Félix, al otro lado de la mesa, bombardeaba la reunión con su batería de chistes verdes, racistas, homófobos, adornados con aquel gracejo suyo pistonudo y un registro polifacético de voces, mohínes y onomatopeyas que invariablemente conseguía cosechar un coro uniforme de risas apenas devaluado por el silencio bilioso de su suegra. A mi abuela, Félix Bru nunca le había hecho la menor gracia. Al principio, tampoco a sus hijos varones, poca a mi tío Fino y ninguna a Ramón, mi padre. Sin embargo a la hembra de la familia sí, a mi tía Lola la mataba de risa con sus payasadas aquel jovencito larguirucho, fibroso y desgarrado con el bigote a medio crecer sobre el labio reidor que muestran los álbumes fotográficos de la apresurada boda que había de convertirle en yerno y cuñado respectivo de sus tempranos detractores.

Veinticinco años, mirada vivaracha, forrado de pana hasta en verano, con su *yashica* de fotógrafo amateur colgada al cuello y sin otro beneficio que un corretaje de artículos de ferretería que apenas le daba para un mal pasar, Félix Bru no era un buen partido ni de lejos. Pero, a falta de otros atractivos con que adornarse, aquel chaval desplegaba todo un muestrario de simpatía contagiosa, cháchara picarona y fanfarronería pizpireta que le hizo sumamente popular en el casal fallero del que Lola, tío Fino y mi padre eran conspicuos miembros allá por los primeros años cincuenta. Fue en aquel reducto de tradicionalismo populachero, entre el aroma de la pólvora y los buñuelos de unas fiestas equinocciales, donde mi tío Félix orquestó la primera de su larga lista de felonías secretas, la primera y la que le llevó a conseguir los favores de mi tía. Lola era por aquel entonces una muchachita morena y muy agraciada, ojos de melaza, flequillo permanentado, pechera sobresaliente y una cinturita de junco que tenían soliviantados a los mozos casaderos del vecindario. Un éxito venial que mi tío Fino, mellizo de Lola, y mi padre, tres años mayor, se encargaban de sofrenar mediante una exhaustiva vigilancia alentada por mi abuela, viuda de posguerra y poco dada a las bromas galantes. Muchos fueron así los desdeñados y sólo uno el elegido de entre los candidatos que pretendían festejar con la niña Lolita: Tono, el hijo de los Carsí, los de la fábrica de pasamanerías. Recio, cumplidor y buen amigo de mi padre, por haber compartido ambos quinta y destino en el África de antes de Hassán.

Félix, mientras, había puesto sus ojos de águila en mi tía y entre chiste, foto y chocolate, diseñado una estrategia sibilina que no dudó en llevar a la práctica cuando las circunstancias la favorecieron. Consciente del celo que tío Fino y mi padre gastaban en su custodia y sabedor del talante calculador de la abuela, había evitado cuidadosamente ser integrante del grupo de los desdeñados y, sin rondarla en exceso, se limitaba a hacer reír a la niña Lola con sus desplantes y sus monerías inofensivas pero ciertamente mal miradas por los dos hermanos guardianes. Mas si a mi tío Fino el fotógrafo aficionado le resultaba inocuo y a mi padre, seco e intolerante como ya era de joven, Félix le parecía un cantamañanas, no sucedía lo mismo con su amigo Tono. El de los Carsí hacía buenas migas con el gracioso desmadejado, le reía los chistes y se dejaba enredar en las trapacerías y las madrugadas de parranda que el otro orquestaba infatigable al aliento del petardo y de la ofrenda floral. Fue en una de aquéllas cuando mi tío hizo la jugada que habría de llevarle hasta el lecho de Lola y descubrió el sabor de la traición que tan buenos resultados habría de procurarle en el futuro.

El asunto es que Félix, Tono y un puñado de los jóvenes falleros del barrio prolongaron una de las preceptivas noches festivas, ya recogidas las integrantes de la comisión femenina en sus respectivos mochuelos, acudiendo a una casa de lenocinio de la calle Gibraltar. Y allí el heredero de las pasamanerías, borracho y engrifado hasta las cachas, se dejó arrastrar por una meretriz hasta un reservado donde la profesional le ordeñó la leche y trescientas pesetas de las de entonces en un numerito que mi tío Félix, conchabado con la madame del lugar, immortalizó en una serie de fotos borrosas pero contundentes en cuanto a su significado que no tardó ni media mañana, el tiempo que empleó en revelarlas, en mostrar a Lola con un credo que es mi deber pues mi aprecio por ti está por encima de mi amistad con Tono y un largo etcétera de consideraciones difusas que hicieron que mi tía, llorosa y vengativa y con ganas de dar por donde la habían tomado, aquella misma noche, burlando la vigilancia de los dos hermanos, se fuera con el fotógrafo a consolar su despecho y gozar de la *nit del foc* a la luna de Algirós. Producto de aquella lasciva noche de San José resultó el embarazo instantáneo, el drama familiar, la búsqueda implacable del seductor por el barrio y la intensa entrevista de Félix, un ojo morado —tío Fino— y un brazo en cabestrillo —

mi padre—, con mi abuela Maruchi en la que había de fraguarse una boda tan rápida como imprevista por los dos contrayentes.

Huérfano desde hacía más de una década, con el servicio militar cumplido en el cuerpo de paracaidistas, y hombre emprendedor, Félix se vio en la necesidad de mantener a su joven esposa y procurarle un futuro bonancible para el cual el corretaje de artículos ferreteros no parecía el trampolín más conveniente. De manera que echó mano de sus magros ahorros, de la dote escasa con que mi abuela proveyó a regañadientes a mi tía y de un parentesco lejano en ultramar y, ni corto ni perezoso, propuso a Lola embarcarse con destino a Cuba. Desafecto al régimen de boquilla y fantasioso en extremo, la idea de labrarse un destino mejor allende el océano seducía a mi tío Félix poderosamente. El sanedrín familiar que se formó para examinar esta situación puso en tela de juicio las razones de Félix, atribuyó sus ganas de poner tierra por medio al hecho de que Tono Carsí, al tanto de sus ardidés fotográficos por un tercero, le hubiera amenazado de muerte en la calle pocos días antes y, con mi abuela Maruchi a la cabeza, se posicionó en contra de modo terminante a la proyectada migración. Así empezaron a buscar un empleo de mayor enjundia al casanova con la idea de quitarle aquella fantasía de la cabeza. Mas no contaron con la irrupción de un elemento inesperado, el apoyo firme y radical de la niña Lolita, enamorada y gestante, a la incitativa de su cónyuge: ella haría lo que su marido dijese y no había más que hablar. Comoquiera que el embarazo ya marchaba por su sexto mes, y el matrimonio no cejaba en sus propósitos, la abuela transigió con el viaje a condición de que al menos esperasen a que su nieto primogénito viniera al mundo en la tierra de sus ancestros. Félix y Lola consintieron en esto y aguardaron el trimestre de rigor hasta que mi primo Jeremías nació, y apenas el niño cumplió el mes de vida se lanzaron a la aventura transatlántica.

Corría el año 54 del pasado siglo cuando Félix Bru y su familia desembarcaron en el puerto de La Habana. Un tío abuelo suyo llamado Boronat que vivía en Pinar del Río desde finales de la guerra civil les aguardaba a pie de muelle. El dinero sobrante de los pasajes lo invirtió Félix en establecerse en la capital cubana como fotógrafo profesional y con la ayuda del exilado, que le hizo un préstamo sustancioso a cuenta de una participación en el futuro negocio, montó un estudio en el barrio de Miramar que incluía vivienda reducida aunque suficiente en el piso

superior. Los primeros tiempos habaneros no fueron malos para la familia emigrante, el estudio comenzó al poco a funcionar con regularidad y la especialización de mi tío en bodas y todo tipo de celebraciones y banquetes le mantuvo ocupado y ganancioso durante los dos primeros años. En ese lapso, un nuevo vástago llamado Alberto vino a engrosar la familia y a llenar de lloros y cuchufletas la vida doméstica caribeña de mis tíos. Félix, llevado por su oficio itinerante y su empatía, pronto se aficionó al ron, al mambo, los buenos tabacos y a la carne morena; querencias que mantendría mal que bien hasta el final de su existencia. A mi tía Lola, sin embargo, la vida cubana se le hacía menos llevadera y agradable que a su marido, como dan testimonio sus misivas familiares de entonces, y tan sólo su amistad con otras madres, norteamericanas en su mayoría, del barrio miramarino la compensaba del calor pegajoso, los zumbones insectos tropicales y de su existencia recogida de ama de casa siempre con las dos criaturas a cuestas. Las damas yanquis le ponían los dientes largos con sus adelantos electrodomésticos y sus vestidos floreados mientras ella apenas podía apañarse para estar a su altura con sus habilidades de modista y su inglés del método Mangold durante las ausencias parranderas del marido. Con todo, el tiempo magnificaría sus recuerdos y mi tía Lola mucho después haría referencia a dicho trienio como el periodo dorado de su matrimonio. Aquella época, más o menos aurífera, tocaría a su fin en las navidades del 57. La huida de Batista, la llegada de los barbudos al poder y la veloz expropiación de casa y estudio por el naciente régimen castrista precipitó los acontecimientos. Boronat murió de un infarto dejando tras de sí una viuda mulata y un batallón de hijos y nietos naturales en Pinar del Río; la cuestión del préstamo quedó en el aire por la falta de herederos legítimos y la inseguridad del nuevo estado revolucionario. Así, Félix y Lola embarcaron a mediados del 58 de regreso a la península y se presentaron en una Valencia recién anegada por la riada con mis dos primos, un montón de historias sabrosas que contar y una mano delante y otra detrás por toda fortuna amasada durante su breve peregrinaje ultramarino.

Mi abuela Maruchi les acogió en la casa familiar de Algirós y mi tío Félix se vio sin más en la tesitura de rehacer su vida valenciana y su maltrecha economía. Para su fortuna, un amigo de la infancia se ofreció para ayudarlo y removiéndolo Roma con Santiago le consiguió un trabajo de ayudante en un estudio fotográfico asentado en la calle de las Barcas. Allí permaneció Félix

durante medio año ganando un sueldo pitañoso, añorando su prosperidad cubana y llevándose de mal en peor con el propietario del negocio, don Pío Verdés, un falangista cincuentón que no tardó en ponerle de patitas en la calle con la excusa de que el otro trabajaba poco y mal y, para colmo, no paraba de subírsele a las barbas. Ante esta situación, conmovida por el desamparo de su hija y sus dos nietos, la abuela Maruchi decidió echar mano de las influencias de un conocido de su difunto padre, insigne autor de sainetes, y mi tío Félix se vio al pronto colocado en una entidad financiera local con la categoría de conserje. A sus treinta años recién cumplidos, el uniforme azulenco, la gorra de plato y el servilismo propio de su nuevo empleo debieron de caerle como un tiro al fotógrafo. Fue allí sin duda donde Félix incubó la saña necesaria para lo que vino luego, repasó su venganza contra el mundo como se repasan las cuentas de un rosario. Pero por el momento hubo de transigir con su mal fario tanto temiendo las iras de mi abuela como confiando en un vuelco de su destino que a todo trance habría de producirse gracias a ciertas habilidades que no dudaría en reeditar para su prosperidad.

Por aquel mismo tiempo, mi tío Félix empezó a frecuentar los cabarés del Paseo de Russafa y alrededores. Eran establecimientos donde al amparo del negocio hostelero —y de algún propietario bien dispuesto con la gobernación— se ofrecían espectáculos de vodevil a la hora de salida de los teatros de la zona. Las varietés, en las que con frecuencia actuaban las mismas coristas que unas horas antes habían hecho lo propio en el Apolo o el Eslava, atraían al personal y encubrían de un modo bastante zafio el comercio carnal que era el verdadero motor de su economía. El tío Félix había sido fiel compañero en el cuerpo de paracaidistas de uno de los propietarios mencionados, un tal Amadeo Lorenzana cuya familia hizo su agosto en la anterior década con el estraperlo y la anuencia de la autoridad, y llevado por aquella amistad miliciana empezó a dejarse caer tarde sí y tarde también a la salida del banco por el tugurio del compadre. La excusa que esgrimía ante la tía Lola y, más que nada ante mi abuela, para tales dislates horarios era su reciente condición de fotógrafo deportivo para los tres periódicos capitalinos, trabajo con el que complementaba su sueldo de conserje bancario y que en efecto desempeñaba durante las veladas de boxeo de la plaza de toros y los domingos en los campos futbolísticos de Vallejo y de Mestalla. Si disfrutaba o no de los favores de las coristas del enclave

es algo que no me consta, pero lo que sí resultó notorio es que Félix Bru se convirtió en un personaje popular entre clientes y trabajadoras del ambiente bohemio. Chistes verdes, conatos de habanera, fotos de recuerdo para quien las pagara y propalación de anécdotas varias habían de resultarle como de costumbre factor determinante en su eminencia. Y junto a otra facultad innata, la observación calculadora e inescrupulosa del entorno, elemento principal y piedra de toque de su ascenso. Pues dio la casualidad de que una tarde de aquéllas el bandido de don Pío Verdés se dejó caer por el cabaré del Paseo de Russafa y su presencia fue advertida por mi tío sin producirse la recíproca. Y como aquellas visitas se repitieran por la querencia que el cincuentón demostraba hacia cierta cabaretera llamada la Cachoche, Félix no tardó en desempolvar su ausencia de escrúpulos y *yashica* al cuello hacerle una envoltente a su ex patrono igual que a Tono Carsí en su día con el beneplácito de la implicada. Al día siguiente de la sesión fotográfica clandestina y tras cumplir con su jornada de conserje en el banco, Félix visitó el estudio de don Pío en lugar de encaminarse hacia Russafa. Mostró las instantáneas al falangista y solicitó una compensación económica para sufragar su silencio ante doña Rosaura, la mujer del implicado, una beata de mala entraña y peor talante con la que don Pío ni contemplaba la posibilidad de sincerarse evitando el desembolso. Así las cosas, el requeté aflojó la mosca y Félix le correspondió con los negativos del reportaje donde se plasmaba aquel desliz venéreo y oprobioso. Aunque ignoro su cuantía real, el montante del chantaje no debió ser moco de pavo, pues le dio a Félix el suficiente vuelo como para compensar a la Cachoche e iniciar, asociado a Amadeo Lorenzana, una pequeña pero bien relacionada empresa de construcción. La presencia de un trío de accionistas del banco en la sociedad comanditaria que se constituyó como pantalla inversora años más tarde, junto al dato de que el tío Félix no dejó hasta varios meses después su empleo de conserje me hace sospechar que don Pío Verdés no fuera el único en posar como sátiro inadvertido frente a la *yashica* de mi tío ni en pagar religiosamente por los imágenes de su lascivia mercenaria. Fuera así o no, lo incuestionable es que Félix Bru empezó la década de los sesenta experimentando un ascenso social y económico que en los años venideros resultaría imparable.

Fruto de sus primeros éxitos empresariales llegaría la adquisición de un piso y la mudanza con tía Lola y mis dos primos desde la casa familiar de Algirós donde mi abuela les había acogido a su regreso de La Habana hasta su primer hogar valenciano sito en la calle de Ángel Guimerá. Allí empezaron a celebrarse esos banquetes familiares donde mi tío Félix luciría su repertorio de chistes y su prosperidad creciente para admiración de sus familiares, entre los que yo en mi calidad de neonato me estrenaba por entonces. Ni qué decir tiene que la mejora de estatus corrió pareja a la consideración que mi tío Fino y mi padre empezaron a prodigarle. Pues de la preocupación y zozobra ante el porvenir de su hermana y los dos sobrinos dada la incompetencia de aquel zascandil aventurero, pasaron primero a la tranquilidad por su estabilidad económica y de ahí a la envidia ante sus evidentes progresos, la adulación y la solicitud descarada de favores con que beneficiarse de la inesperada solvencia del cuñado. Tan sólo mi abuela Maruchi se mantenía firme en su desdén hacia el tío Félix y, sin envenenar en exceso la sangre de su hija, tampoco dejaba pasar la ocasión para desconfiar de los éxitos empresariales del yerno y poner en solfa ante sus otros dos hijos cualquier actuación suya que le pareciera sospechosa. En lo tocante a sus recelos, mi abuela no había hecho sino empezar un largo camino que avanzó en paralelo con la fulgurante carrera del ex fotógrafo.

Los años del desarrollismo franquista labraron la fortuna de Félix Bru como la de tantos otros empresarios al paio del gran descubrimiento de aquella época: el turismo. Lorenzana y él supieron ver pronto dónde estaba la gallina de los huevos de oro y tras levantar en sus primeros tiempos esforzados unas cuantas fincas urbanas con las que cimentaron el patrimonio de su sociedad se lanzaron a la compra de parcelas rústicas a lo largo y ancho de todo el litoral levantino mediante una cadena de inversores ocultos que tenía su núcleo originario en el banco donde Félix trabajó por año y medio. Y al hilo así de aquella previsión de futuro como de su febril actividad inversora, mi tío descubrió la vocación y el resorte que habrían de auparle hasta la cúspide del sector de la construcción en apenas un par de décadas: el soborno. Pues con la misma ausencia de reservas morales con que había utilizado antaño bien la traición, bien el chantaje para la consecución de sus propósitos amorosos o negociales, Félix se lanzó a la compra de voluntades políticas en su nueva etapa empresarial con un ahínco no exento de regodeo. Claro está que la

administración de la dictadura se prestaba especialmente a aquella actividad, pero el hecho es que mi tío y su socio extendieron sus tentáculos inversores por las provincias de Valencia, Castellón y Alicante dejando caer óbolos en los bolsillos oportunos, repartiendo prebendas y favores entre sus allegados, estableciendo alianzas de conveniencia con constructores lugareños, y prevaricando a munícipes y altos cargos administrativos sin el menor sentido del rubor o la medida. Pues con el paso del tiempo mi tío no se conformaba sólo con el simple soborno monetario sino que, en los escasos supuestos en que el dinero se mostraba inefectivo, practicaba toda suerte de maniobras en las que el sexo, las drogas o la reputación del afectado empezaron a jugar un papel definitorio. Félix Bru se jactaba por entonces de que con el ochenta por ciento de las personas el dinero es un argumento más que suficiente, pero a él lo que le interesaba de verdad era el veinte por ciento restante. Aquellos tipos que se mostraban incorruptibles eran su blanco favorito y localizar sus respectivos talones de Aquiles su diversión prioritaria. Según mi tío, para comprar a alguien, a cualquiera, lo único que se necesita es saber exactamente lo que el individuo sobornado más teme o desea, aquello que en ningún caso pueda rechazar. Y a esa divisa mafiosa se atuvo con éxito durante treinta años en sus manejos inversores. La construcción de una pléyade de apartamentos playeros, urbanizaciones de monte bajo y hasta uno de los primeros puertos deportivos del litoral fueron la más evidente consecuencia de aquel tesón, sus principales logros y surtidores de una caudalosa fortuna en los años que transcurrieron desde su asociación con Lorenzana a principios de los sesenta hasta su conversión en grupo de sociedades anónimas a la muerte del dictador.

La ascensión de tío Félix había alcanzado un punto irreversible y sus efectos empezaban a notarse especialmente en el estrato familiar. Ya nadie, salvo mi abuela Maruchi, desdeñaba la ocasión de reír a mandíbula batiente los chistes u ocurrencias del prócer y no porque no tuvieran su gracia, que la tenían en la mayor parte de las ocasiones, sino porque su posición dentro del clan había evolucionado desde la marginación condescendiente a la jefatura indiscutible. Tío Félix había mostrado también su habilidad en este aspecto y, lejos de articular ninguna clase de venganza por los menosprecios y las lesiones del pasado, derramó su espíritu familiar con generosidad amnésica y expeditiva. Pues no sólo tenía empleados con razonable estipendio a mi tío Fino y a mi progenitor como gerentes de empresas subsidiarias de su grupo, sino que les había

prácticamente regalado un par de inmuebles en la ciudad y dejado a precio de risa otra pareja de chalés costeros. Es más, en coincidencia con su traslado familiar el año 69 desde el piso de Ángel Guimerá a una mansión de Campo Olivar, había sufragado de su bolsillo la reforma de la vieja casa de Algirós donde mi abuela Maruchi seguía asentando sus reales sin hacer caso de las negativas con que su suegra rechazaba aquella pretensión. Finalmente, llevada de los ruegos de mi tía Lola y de sus otros dos hijos ya ganados sin remedio para la causa de Félix Bru, mi abuela aceptó la dádiva y estuvo una temporada sin mascullar herejías del yerno.

En estas, la muerte del dictador vino a alterar el mapa político del país pero, como mi tío y su socio fueron claro ejemplo, para nada el económico. La pareja de ex paracaidistas se aplicó al cambio cosmético que demandaba la efervescencia social de aquellos años con su acostumbrado espíritu pragmático y ambos se repartieron el novedoso campo de batalla con ecuanimidad y de acuerdo a sus respectivas vocaciones. Así Amo Lorenzana, hombre de vena populista y oratoria montaraz desde sus tiempos de proxeneta clandestino, aprovechó la red de influencias que la empresa había tejido en los años anteriores para salir diputado por la UCD en las elecciones del 77 y controlar de cerca el nuevo cotarro público, mientras el tío Félix, viéndolas venir en la retaguardia y ante la evidencia de que sus antiguos contactos se adaptaban elásticos al nuevo régimen en calidad de concejales o alcaldes elegidos ahora por el pueblo soberano, prosiguió repartiendo porcentajes, alterando planes urbanísticos y masacrando el litoral con sus enjambres de chalés y sus colmenas de apartamentos a cual más horrisona que la anterior. El primer lustro de democracia transcurrió así del mismo modo que lo había hecho el último de la dictadura con un Félix Bru cada vez más asentado en su poderío económico y con la familia cada vez más pendiente de los designios de su benefactor, pues ahora había llegado a la segunda generación el turno de salir a escena.

Mi primo Jeremías era el primogénito del prohombre y un muchacho tan bien dispuesto para la jarana y el abuso de estupefacientes como poco dotado para los estudios, su incorporación al grupo constructor fue perentoria cuando le suspendieron por tercera vez consecutiva el curso de orientación universitaria. Sin embargo, Alberto, el vástago cubano, fue otro cantar distinto. Respondón, politiquero y eternamente enfrentado a la sombra protectora de tío Félix, los

estudios superiores la importaban menos que reivindicar su independencia frente a la odiosa figura paterna. Así que, con el apoyo económico de su madre y el espiritual de la abuela Maruchi, se largó a Londres nada más cumplir la mayoría de edad y allí permaneció por varios años haciendo el indio. Carente el tío Fino de descendencia masculina, mis primas Marta y Conchita sí que cursaron sendas carreras de letras, el único miembro de la familia que, dadas sus urgencias morales y materiales, quedaba bajo la influencia laboral de mi tío Félix era yo. Porque va siendo hora de hablar un poco de mí, de mis circunstancias y los hechos que se produjeron entre aquel maestro del soborno y su humilde aprendiz.

Corría el mes de marzo del 81, acababa de producirse un fallido golpe de estado, yo tenía veintidós años, había acabado una carrera universitaria que no me interesaba lo más mínimo y lo que más deseaba en el mundo al igual que el listo de mi primo Alberto era perder de vista a mi propio padre, a su brutal intolerancia, al eco de sus gritos censores y a la sombra de sus manos nudosas empuñando el cinturón con que desde niño tenía a bien medirme las posaderas cuando por error u omisión contrariaba sus expectativas. Por desgracia, no podía largarme al extranjero al igual que mi primo. No gozaba del mínimo capital que se necesita para algo así y, además, había un amor de por medio que me retenía en la ciudad. Fue en estas circunstancias cuando solicité una entrevista laboral con el tío Félix. Me hizo llamar una mañana a su despacho, media planta de un edificio recién construido con vistas a la Gran Vía Marqués del Turia y, tras hacerme esperar tres horas —que empleé en vigilar los movimientos felinos de Azucena, la hermosa mulata que ejercía por entonces como secretaria oficial y amante oficiosa del señor Bru—, mi tío me recibió con dos bofetadas cariñosas y una sonrisa de soca; me empujó sobre el mullido sillón que había frente a su mesa.

—Bueno, y ahora cuéntame. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Necesito dinero, tío. Pensé que quizá podrías darme empleo.

—Eso no es problema. ¿Para qué clase de trabajo te consideras capacitado?

—Cualquier cosa me vale.

—No me jodas. Tú no eres un cualquiera. Eres guapo, tienes labia y un título de abogado.

Si te pongo a currar en una obra el que más se alegrará es el bestia de tu padre.

—Eso seguro.

—Igual se piensa que ahí te van a hacer un hombre.

—Ya soy hombre, pero no de la misma clase que él.

—No te disculpes. Lo que hagas con tu vida privada es cosa tuya, sobrino.

—No era una disculpa, tío.

—Ya. Eres listo, no te drogas como el pobre Jeremías. Ni te ha dado por la política como al imbécil de Alberto. Y te gusta vivir bien. Siempre supe que acabarías trabajando conmigo.

—Yo también lo sospeché.

—Bien. Vas a ser un relaciones públicas del grupo. Trabajo especializado. Lo que yo llamo un hombre de confianza. ¿Cómo lo ves?

—Estupendo, tío.

—Toma —me dijo sacando un fajo de billetes del bolsillo—. Cómprate ropa y mañana a las ocho aquí. Y sé puntual, tenemos un desayuno en Benidorm.

Durante los meses siguientes mi trabajo para el tío Félix consistió en una sucesión de viajes, comidas y cenas a lo largo y ancho del litoral. La UCD de Lorenzana se desmoronaba a ojos vistas y había que establecer la futura alianza de intereses con los próximos detentadores del poder. El PSOE ya había obtenido un buen número de alcaldías en las anteriores elecciones municipales y sus representantes a lo largo de la costa levantina se mostraban tan receptivos con mi tío como sus predecesores centristas. Sólo hacía falta un tipo que fuera de despacho en despacho repartiendo sobres y palmadas, sondeando disposiciones y pareceres, tomando nota de los escasos munícipes que, llevados por un fugaz sentido ético, se mostrasen reacios a nuestra influencia y con quienes fuera preciso establecer otras líneas de acción, y establecerlas llegado el caso; ése tipo era yo. Mi tío se encontraba muy satisfecho con mi trabajo y pronto me buscó nuevas labores donde poner a prueba mi talento. Yo pasaba por ser un joven abogado con ideas progresistas, el capitalismo de rostro humano y toda esa vaina, me daba buena mano con los sindicatos, muy combativos por entonces, y en la firma de convenios. En cuanto a los políticos, siempre fui hábil con el palique y la elección de vinos, pero también aprendí a ser un hijoputa en el momento necesario y mi labor de enlace con los sociatas estaba funcionando a la perfección

para beneficio contable del grupo. Gracias a mi nuevo empleo, me largué de casa de mis padres a los pocos días y me establecí en un dúplex del ensanche que mi tío me vendió por un precio simbólico, también compré un deportivo de lujo al cabo de un año. Todo eso no impidió que mi amor de entonces me abandonara y se fuera a Barcelona a vivir con un dibujante de cómics. Consolé mi tristeza volcándome en el trabajo y libando por las noches de los fines de semana de flor en flor. Mi madre había dejado de hablarme, mi padre hacía años que no lo hacía; pero ni ellos ni nadie que me importara podía decir en voz alta nada contra mí dada la identidad de mi valedor. La única persona que sí podía y lo hizo fue quizá la que yo más quería. Mi abuela me arrinconó en su casa de Algirós durante la celebración de su ochenta aniversario y me recriminó triste:

—Siempre pensé que a ti no te iba a poder tocar esa alimaña. Que tú serías el único que se libraría de su poder. Pero veo que te ha corrompido igual que a los otros. Tal vez más que a los otros.

—No te preocupes, yaya. Yo no me dejo corromper así como así.

—Trabajas para él, haces lo que te dice. Eres uno más de sus esclavos.

—No lo creas. Todo es simulación, yaya, pura trampa. Confía en mí. Yo también puedo ser un encantador de serpientes.

—Prométeme que nunca serás su esclavo.

—Lo prometo.

Mi abuela sonrió, me acarició la cabeza, y dijo:

—Ten cuidado.

Y lo tuve. Para las cuestiones sucias siempre recurrí a una agencia de investigación. Para las cuestiones limpias a mi labia de leguleyo en prácticas. Para las cuestiones dudosas a una cuenta secreta en las Islas Caimán. Mientras, aprendí las claves del negocio con mi tío, gané su confianza de tiburón experimentado y, gracias a sus confianzas pero no sólo a ellas, fue rehaciendo su biografía con especial atención a sus parcelas más oscuras. Pasó un año como un relámpago. Los sociatas habían ganado por abrumadora mayoría absoluta las elecciones de mayo del 82 y yo me

había convertido en una pieza indispensable en el grupo. En esta coyuntura, mi colaboración con tío Félix dio un nuevo salto cualitativo.

—Sobrino, entra y cierra la puerta —me llamó una mañana en el despacho—. Necesito que me hagas un favor. Un favor personal.

—Tú dirás.

—Me ha salido una almorranas en el culo y quiero que me la extirpes.

—Nombre y domicilio.

—Creo que se llama Mauricio Boronat y debe de estar viviendo en un hotel. Por ahí tengo el número de teléfono que me dejó..

—¿Empleo, nacionalidad, habilidades?

—Un buscavidas cubano. Acaba de llegar de Orlando. Dice que es hijo natural de mi tío abuelo Boronat, que lo reconoció post mortem, y trae unos viejos documentos a cuenta de un préstamo que el viejo me hizo allá por los tiempos de la catapulta. Lo del préstamo es cierto y, mal aconsejado, ese cubanito quizá pudiera ponerme un pleito. El chico quiere sacarme dinero, como imaginarás.

—¿Y qué quieres que yo le haga?

—Llámale, queda con él y entérate de que tiene exactamente. Llegado el caso, negocia.

—¿Con qué margen?

—Un par de kilos, tres como máximo.

Localicé a Mauricio Boronat en el número telefónico que me dio mi tío y quedé con él esa misma noche. El cubano tenía más o menos mi misma edad y era un hombre muy guapo. Alto, ojos verdes, espalda ancha, voz sabrosa, conversación fácil. Cenamos juntos en una marisquería y luego tomamos unas copas por Cánovas. Me contó que necesitaba el dinero para montar un bar de salsa en Madrid con otros socios de la diáspora. Al segundo whisky me puso una mano en la rodilla y yo me perdí en la sima verde de sus ojos. A las tres de la madrugada me llevó a un apartamento alquilado y me mostró los documentos del préstamo. La Habana, 1954, firmado y sellado ante notario; todo parecía correcto. Le ofrecí los tres millones por llegar a un acuerdo extrajudicial y aceptó sin regateo. Abrió una botella de champán, nos desnudamos y nos fuimos

juntos a la cama para celebrar el trato. Mientras el supuesto Mauricio me enculaba con sabiduría caribeña y yo alcanzaba mi segundo orgasmo, vi un destello de luz procedente de la terraza y supe que me habían cazado. Dale al sobornado lo que más teme o desea, justo lo que no puede rechazar, rezaba la divisa de mi tío que yo había puesto en práctica durante el último año. En el lenguaje resabiado y homófobo de mi tío Félix, esto es: Dale a un marica lánguido la ocasión de culear con un semental caribeño. Yo sabía ya demasiadas cosas sobre él y sobre sus negocios para arriesgarse a una traición de mi parte. Aquel montaje retorcido con heredero cubano incluido era su modo de asegurarse mi lealtad. Lo que mi tío no sabía, lo que mi padre nunca admitió, y la más poderosa de mis armas, era que yo no tenía nada que ocultar. Si me acostaba con un cubano como si lo hacía con un finlandés. De modo que seguí disfrutando con los buenos oficios y la vistosa dotación del presunto Mauricio Boronat, del que por supuesto nunca volví a saber, por el resto de aquella noche; y preparé mi venganza sin prisa durante los años siguientes.

En el entretanto, Lorenzana murió de un cáncer de intestinos, mi abuela Maruchi de un derrame cerebral, mi primo Jeremías hizo una cura de desintoxicación y se casó con una niña pija heredera de una cadena de gasolineras, y mi madre, como si hubiera esperado la entrada en vigor de la ley, se divorció de mi padre y no le volvimos a ver el pelo en años; el país ingresó en la OTAN, los socialistas alcanzaron una nueva mayoría electoral. Mi primo Alberto recién llegado de Londres sin blanca y pasados sus furores juveniles revolucionarios se reconcilió con su padre y en las siguientes comicios municipales salió concejal del PSOE. Construimos tres nuevos puertos deportivos, dos hoteles de lujo, un centro comercial y varias colonias de chalés adosados. De las torres de apartamentos hace años que hemos perdido la cuenta.

Mi tío me llamó una mañana de julio del 88 por teléfono a mi propio despacho, situado en el edificio Europa, y quedamos para comer juntos en el club náutico. A los postres, me ofreció un lancero, prendió otro, pidió ron añejo para los dos y soltó la bomba tras un breve rodeo ornamental:

—¿Cuántos años tienes, sobrino?

—Cumplí treinta el mes pasado.

—Yo a tu edad monté mi primera empresa. Me gusta la simetría.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, ya sabes que el martes tenemos consejo de administración. Va a estar animado. Voy a anunciar mi jubilación anticipada y te voy a proponer como consejero delegado. El mes que viene cumplo sesenta años y me quiero ir a dar la vuelta al mundo en mi barco dejando las cosas bien atadas. Te has puesto color verde, sobrino, ahora me dirás que no lo esperabas.

—¿Pero y tus hijos?

—Van a ser accionistas mayoritarios. A Alberto no le interesa asomar cabeza en la empresa mientras siga con su carrera política y a Jere no le interesa tomar decisiones ni yo se lo permitiría. Quiero alguien al frente en quien pueda confiar y tú eres mi mejor candidato.

—Te lo agradezco pero no voy a ser una marioneta de Alberto, tío, ni un testaferro tuyo. Si mando quiero tener base accionarial, en caso contrario prefiero seguir en la sombra.

—Tendrás un paquete limitado. Y consensuarás tus decisiones conmigo mientras siga vivo. Tu lealtad creo que está asegurada.

—Deberías saberlo de sobra.

—Por si acaso te entraran dudas, quiero que veas esto —dijo mi tío Félix mientras sacaba un sobre grueso de papel acolchado y me lo ofrecía por encima de la mesa.

Miré el sobre y lo rechacé sin tocarlo.

—Ya sé lo que hay dentro, tío.

—¿En serio? Me sorprendes.

—Fotos. Mauricio Boronat o quien fuese ese chaval cubano, dándole por el culo al nuevo consejero delegado.

Tío Félix sonrió y volvió a guardar el sobre en su maletín.

—Siento haber tenido que hacerlo y también haber menospreciado tu inteligencia. Siempre fuiste el más listo de la familia. Una pena lo de tu mariconería, sin esa tara quién sabe dónde hubieras llegado. Pero hay algo que no entiendo. Si sabías, ¿cómo te dejaste enredar?

—Porque me tragué el señuelo del préstamo cubano. Años antes me contaste la historia y todo encajaba con la documentación. Siempre fuiste un maestro para esas cosas, tío. Y además porque el chico era muy guapo y yo un mariquita solitario y despechado y, sobre todo, porque

esas fotos no valen de nada conmigo. No tengo nada que perder con ellas. Yo nunca he ocultado mi opción sexual. Tampoco voy a ser político ni me voy a casar nunca. Ser un gay ya no es un estigma como en tiempos de Franco. Calculaste mal la jugada, tío.

—¿Entiendo entonces que rechazas mi propuesta? —preguntó Félix Bru apurando su ron.

—No. Pero vas a hacerme una donación de acciones. El paquete mayoritario será el mío y no el de tus hijos. De hecho iba a llamarte mañana mismo para anunciártelo.

—¿Te has vuelto loco?

Ahora fui yo quien para momentánea chirigota de mi tío sacó un paquete de su maletín y lo depositó cuidadoso sobre la mesa. Luego un sobre acolchado semejante al suyo, que coloqué junto al paquete.

—Dentro hay una colección de cintas de vídeo digital. Los tiempos cambian, tío. Nuevas técnicas para conseguir los mismos propósitos. Como no quiero hacerte perder el tiempo, en el sobre hay una muestra en papel de imágenes tomadas de las mismas cintas. Échales un vistazo. Créeme que te van a interesar.

Mi tío Félix me miró con incredulidad, rasgó el sobre acolchado y empezó a contemplar las imágenes que contenía. Pruebas de su infidelidad continuada con Azucena y con Zaida, su sustituta, y las más recientes con Gladis, su última secretaria mulata. Había también fotos de sexo en grupo conseguidas en su yate de recreo y primeros planos de mi tío esnifando rayas de cocaína largas como los balances de ganancias del grupo. Félix Bru siempre había ido con mucho tiento para no exponerse a caer en las mismas trampas que él tendía, pero hasta el mejor escribiente hecha un borrón y aquello era fruto de una labor de años, de mucho dinero y mucha paciencia. Observé atento la cara de tío Félix mientras iba contemplando una tras otra las imágenes de su ruina. Aprecié el estrago corriendo por su rostro y no pude dejar de recordar a Tono Carsí, a Pío Verdés o a los arquitectos y banqueros y concejales y alcaldes pedáneos que durante años habían caído víctimas de su ausencia de escrúpulos esgrimiendo gestos semejantes. Cuando al fin levantó los ojos, le ilustré al respecto:

—Con esas cintas de vídeo y con otra serie de pruebas que no pienso mostrarte, tía Lola podría pedirte el divorcio sin ninguna clase de problemas. Y sacarte por vía judicial la mitad de tu fortuna y el porcentaje que yo necesito en el consejo. Por lo que mi madre me ha contado no sería difícil convencerla. De ti depende el que hagamos esto por las buenas o por las malas. En tu mano está quedar limpio de polvo y paja o cubrirte de mierda y salpicar a todos los tuyos. Así que piénsatelo con calma y dame una respuesta pronto. Por si te vinieran a la cabeza malas ideas, recuerda que tengo documentos bancarios a buen recaudo, amigos en la prensa y que la cárcel es un mal sitio para los ancianos.

—¿Por qué me haces esto?

—Porque una vez le prometí a mi abuela que nunca sería tu esclavo. Porque nunca me ha gustado que me hicieran fotos con el culo en pompa. Y también porque ya ha pasado tu hora, tío, estás viejo y jodido. Jubiláte y deja el campo libre.

—Mariconazo de mierda. No sabes con quién te estás jugando los cuartos.

—Eso es lo que tú te crees —le dije seco al levantarme de la mesa—. Llámame esta tarde mismo al despacho. Esta noche ceno con tu mujer y quiero saber de qué tengo que hablar con ella.

El tío Félix se quedó allí masticando su humillación y su rabia mientras yo abandonaba el restaurante. Tres horas después me llamó al despacho y acordamos los términos del trato. Había perdido la partida y un buen jugador como él supo el momento de abandonar la mesa. Por otra parte, el dinero colocado en Caimán y las Barbados y la información que yo poseía del mismo fue la que inclinó la balanza. Si él no me tocaba la paciencia, yo no pensaba amargarle la jubilación. Tía Lola y Félix nunca llegaron a divorciarse, aunque vivieron separados de hecho desde la retirada del tío hasta su muerte. Félix Bru se dedicó en los años siguientes a navegar con su yate primero alrededor del mundo y luego en exclusiva por el Golfo de México, a cultivar su cirrosis con el roncito de caña, a bailar el mambo y a coleccionar mulatas que ya no conseguían ni que se le empalmara. Para su desgracia, el tío Félix la cascó antes del descubrimiento del Viagra. La enfermedad de su hígado lo mató en la primavera del año 91, le enterramos una tarde de abril tras celebrar su funeral en la basílica de la Virgen con asistencia obligatoria del mundillo de la

construcción, de la política y de las finanzas. Nadie faltó a la cita, y nadie derramó una lágrima sincera por su muerte que yo sepa. Durante su exilio caribeño el grupo empresarial pasó a mis manos de modo fáctico y a la de mis dos primos de modo nominal; me las apañé para hacerles luz de gas a los herederos de Lorenzana y se conformaron con un buen pellizco. La rueda del mundo siguió girando. Se cayó a trozos el muro de Berlín, se celebró una olimpiada en Barcelona, una recua de mercenarios simples, espías dobles y robaperas triples saltó a las páginas de los periódicos y al poco los socialistas perdieron el poder primero en Valencia y luego en el resto de España. Mi prima Marta tuvo gemelos, Jeremías se divorció de la heredera de las gasolineras, Alberto dejó el PSOE por motivos de conciencia e ingresó en el PP como asesor social, al tío Fino le tocó la lotería de navidad, mi madre murió en un accidente de automóvil, mi padre empezó a sufrir los primeros síntomas del alzheimer y lo interné en una residencia privada, mi amor de juventud murió tras una dolorosa agonía el año pasado; lo sé porque me lo contaron, no tuve fuerzas para ir a visitarle como tampoco lo haré con mi padre. Por lo demás, seguimos haciendo negocios y no podemos quejarnos de los resultados. Nos hemos adaptado veloces a la nueva centuria; alcanzado cierto peldaño en la pirámide la holgura de la comisión es lo único que cuenta a la hora de las adjudicaciones públicas o privadas, si es que esta distinción tiene ya algún sentido. Creamos riqueza, repartimos empleo y de los sindicatos no he vuelto a saber en años. Hemos continuado construyendo sin tregua apartamentos y chalés, lo cierto es que cada vez queda menos costa pero en este pequeño país fluyen como nunca antes las oportunidades para el negocio: colonias de adosados y pareados como hongos, superficies comerciales y multicines a porrillo, museos, polideportivos, palacetes, parques temáticos y casas consistoriales. Ayer, sin ir más lejos, pusimos la primera piedra de nuestro primer gran plató cinematográfico.

La Patacona, 2003